

## KEYNES Y KEYNESIANOS: INCERTIDUMBRE Y AXIOMA ERGÓDICO

*José C. Valenzuela Feijóo*<sup>1</sup>

*Para Julius, caballero de Varsovia y de Hualpén.*

*“Es en el capital a interés donde la relación de capital cobra su forma más externa y más fetichista.”*

C. Marx.

### Resumen

*La corriente post-keynesiana surge, en alto grado, como respuesta a la asimilación neoclásica del mensaje de Keynes. El equilibrio general walrasiano, estático y estable y las previsiones perfectas, son algunos de los tópicos en que se concentra la crítica. En este marco, autores como Paul Davidson, Victoria Chick y otros enfatizan el problema de la incertidumbre en que deben operar los agentes y las consecuencias que de ello se derivan. Para este grupo la incertidumbre viene causada por el tiempo y da lugar, muchas veces, a reacciones impredecibles. De aquí su crítica a lo que denominan “axioma ergódico”. El autor expone y critica estas posturas. Sostiene que no es el tiempo per-se sino la estructura mercantil de base la que genera la incertidumbre. Asimismo, señala los peligros de la postura de Davidson: en su crítica al “axioma ergódico” amenaza con suprimir la misma posibilidad de una teorización de los procesos económicos.*

### I.- Variables reales y monetarias. Keynes: ¿economista monetario?

El signo de interrogación pudiera parecer un desatino. Es casi unánime la idea de que Keynes fue un economista monetario notable. Skidelsky, por ejemplo, escribe que “Keynes fue el primer economista importante que hizo del dinero una parte integral del análisis económico”. Asimismo, apunta que “todas las proposiciones importantes de la Teoría

---

<sup>1</sup> Profesor Investigador del Área de Economía Política. Departamento de Economía de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.

General de Keynes dependían del principio de incertidumbre y el consiguiente papel del dinero como depósito de valor”<sup>2</sup>. Dillard, en un texto clásico, apuntaba que la de Keynes es una “teoría de una economía monetaria”<sup>3</sup>. Otro postkeynesiano ilustre, Paul Davidson, indica que “Keynes es, ante todo, un teórico del dinero”<sup>4</sup>.

Tales juicios provocan dos observaciones: i) es en la dimensión monetaria donde los discípulos han desplegado mayores innovaciones. Lo cual, en alto grado refleja insatisfacción con la herencia teórica; ii) el impacto mayor de la Teoría General, sin ninguna duda, se ha dado por el lado de las variables macroeconómicas reales: el llamado esquema ingreso-gasto<sup>5</sup>. Conviene comentar estas observaciones.

Sobre el primer punto, digamos que no mucho antes de publicar la Teoría General, Keynes publica un muy voluminoso *Treatise on Money*. Sobre el cual, recaen prácticamente todas las referencias que nuestro autor efectúa a su obra previa, en la Teoría General. Como sea, respecto a este Tratado, es muy cierto que se observan rupturas mayores, tanto en el Keynes de la Teoría General como en la obra de sus discípulos.

¿Por dónde giran las novedades y/o innovaciones teóricas? Muy probablemente, los desarrollos más pertinentes giran en torno a: i) la noción de un dinero endógeno: la cantidad u oferta de dinero responde a la demanda y no es fijada, en lo básico, por el banco central<sup>6</sup>; b) la cantidad de

---

<sup>2</sup> R. Skidelsky, *El regreso de Keynes*, Crítica, Barcelona, 2009, págs. 105 y 119.

<sup>3</sup> Es el subtítulo de su famoso texto: *La teoría económica de John Maynard Keynes*; editorial Aguilar, Madrid, 1981.

<sup>4</sup> Paul Davidson, “¿Cuáles son los elementos esenciales de la teoría monetaria poskeynesiana?”, en P. Piegay y Louis Ph. Rochon, editores, *Teorías monetarias poskeynesianas*, Akal, Madrid, 2006, pág. 27.

<sup>5</sup> En realidad, durante parte de los cuarenta y todos los cincuenta, la evidencia empírica en Estados Unidos de América e Inglaterra, mostró una muy baja elasticidad de respuesta de la inversión a la tasa de interés. Y se pensó en la relativa impotencia de la política monetaria *versus* la mayor potencia de la política fiscal. En el decir de Hicks (hacia 1973), el aspecto monetario de la Teoría General sufrió un eclipse y el “keynesianismo se ha convertido en fiscalismo.” Cf. John Hicks, *La crisis de la economía keynesiana*, Edit. Labor, Barcelona, 1976, pág. 38.

<sup>6</sup> “La característica más conocida del análisis monetario postkeynesiano es su tesis de que la oferta de dinero es endógena.” Cf. Marc Lavoie, *La economía postkeynesiana*, Edic. Icaria, Barcelona, 2005 pág. 66. Otro autor muy representativo apunta que “la noción de dinero endógeno es la pieza clave de la teoría monetaria postkeynesiana.” Cf. Thomas Palley, “Dinero endógeno: significado y alcance”, en P. Piégay y L. Ph. Rochon edits., “Teorías monetarias poskeynesianas”, edición citada pág.79.

dinero responde al nivel de precios y no al revés: se altera, en consecuencia, completamente la línea de causalidad que manejan los neoclásicos de la teoría cuantitativa. Y valga aquí la comparación con el tercer paradigma en disputa: según Marx, “los precios no son altos o bajos porque circule mucho o poco dinero, sino que circula mucho o poco dinero porque los precios son altos o bajos”<sup>7</sup>; c) se le otorga mayor relevancia a los procesos de endeudamiento (crédito) y, en un plano más general, a la dinámica e incidencia del capital ficticio. Demás está decirlo, se maneja una estrecha interacción entre las dimensiones señaladas.

El último de los tres aspectos mencionados, está muy ligado a las contribuciones de Minsky. Los dos primeros, a autores como Basil Moore, Paul Davidson y Marc Lavoie.

Examinemos el segundo aspecto. En un plano general, nos remite a un problema clave: el de las relaciones entre las variables reales y las monetarias en los procesos económicos.

Según Keynes, la Teoría General es “un estudio de las fuerzas que determinan los cambios en la escala de producción y de ocupación como un todo”. Asimismo, señala que “el dinero entra en el sistema económico de una manera esencial”. Más concretamente, se rechaza el postulado neoclásico de neutralidad del dinero (éste no es más que “un velo”) y se sostiene que éste sí influye en el comportamiento de las variables reales que constituyen la preocupación central de su investigación. Esta significación del dinero, está a su vez ligada a la importancia que se le asigna a las expectativas en la operación del sistema capitalista. Estos nexos, articulaciones y eventuales líneas de causalidad, las discutiremos más adelante. Por ahora, nos limitamos a señalarlas. También, a remarcar que en Keynes la articulación entre variables reales y monetarias es bastante más rica que en el caso de los neoclásicos.

En algún grado, un tanto nebuloso, la postura de Keynes parece aproximarse a la de Marx. Para éste, se da una *interacción dialéctica*,

---

<sup>7</sup> C. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1980, pág. 29. En términos gruesos, en Marx también se puede advertir una perspectiva endogenista y que se acerca a los enfoques que contemporáneamente vienen manejando los “teóricos del circuito”.

entre las variables reales y monetarias. Lo cual, significa: a) ambos aspectos deben entenderse *como partes de una totalidad mayor* que las integra. No en el sentido de armonizarlas sino como “*unidad de opuestos*”; b) hay *influencia mutua* entre los factores reales y los monetario-financieros; c) dicha relación, examinada con una perspectiva global y de largo plazo, supone que los factores reales funcionan como *aspecto dominante*. O sea, con mayor “poder de determinación causal”; d) en determinadas circunstancias, tiene lugar un desplazamiento en la posición de los opuestos y las variables monetario-financieras pueden pasar a funcionar como aspecto dominante.

Keynes, es más bien ambiguo en tales respectos. Por ejemplo, señala que la cantidad de dinero influye en la tasa de interés y, por esta vía, afecta a la demanda efectiva (inversión más consumo) y a la ocupación. A la vez, sostiene que la eficacia marginal del capital es bastante más importante en la explicación de los movimientos de la inversión y el Ingreso Nacional. En este caso, diríamos que sí se aproxima a la articulación antes descrita. Pero hay otros ejemplos que pueden poner en duda tal postura. En Keynes, *verbi gratia* (vg.), las expectativas juegan un papel central y ello conduce a subrayar el papel del dinero (como depósito de valor, como figura de los contratos mercantiles, etc.). Según apunta, “la importancia del dinero surge esencialmente de que es un eslabón entre el presente y el futuro”<sup>8</sup>. En términos gruesos, parece sostener la noción de una realidad indivisa, donde no se pueden –o no se deben– disociar los aspectos monetarios y reales.

En este contexto, no nos puede extrañar que surjan, entre los discípulos, posturas a veces muy diferentes. Para el problema que nos viene preocupando, una perspectiva genérica bastante extrema es la de Minsky. Para éste, “una vez que las interrelaciones financieras se consideran de vital importancia como determinantes del modo en que funciona una economía, el dinero y el sistema monetario constituyen el punto de partida natural de la teoría económica”<sup>9</sup>. O bien: “es el financiamiento el que actúa como rector de la inversión, desalentándola unas veces y otras más ampliándola. Como resultado, el financiamiento marca el ritmo de la economía”<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> J. M. Keynes, *Teoría General*, FCE, México, 1974, pág. 261. En adelante, citado como T.G.

<sup>9</sup> Hyman P. Minsky, *Las razones de Keynes*, FCE, México, 1987, pág. 82.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 141.

Joan Robinson, que conociera y trabajara personalmente con Keynes, nos ofrece un planteo más matizado. Conviene citar in extenso:

“Keynes empezó como ‘economista monetario’, pero, en su Teoría General, destruyó la división entre los dos departamentos de la economía (el real y el monetario; nota de J.V.F.); demostró que las llamadas perturbaciones monetarias tienen sus raíces en el comportamiento ‘real’ de una economía de empresa privada. En el lenguaje de la fórmula, demostró que los cambios en  $T$  se efectúan (a través de movimientos en el producto y en el empleo) con cambios en las expectativas de beneficios futuros, y señaló que la principal influencia sobre  $P$  es el nivel de la tasa de salarios en dinero.

“Un incremento en  $PT$ , debido a una elevación en la actividad o en el nivel de las tasas de salarios en dinero, normalmente conduce a un incremento en  $M$ , a través de un incremento en los préstamos bancarios, pero si las autoridades tratan de evitar que  $M$  se incremente, producen una elevación en la tasa de interés, lo que impulsa algunas cuentas ociosas a la circulación activa, de modo que  $V$  se eleva.

“Se arguye, a veces, que la posibilidad de elevación de  $V$  es limitada, por lo que, finalmente, las autoridades podrían detener un incremento en  $PT$ , negándose a permitir que  $M$  aumentase. Pero, en realidad, no pueden hacerlo. Como los depositantes tienen derecho a sacar billetes y monedas cuando quieran, el total del dinero oficial en circulación está determinado por lo que el público requiere. Si el total de dinero bancario fuese limitado, se idearían otras formas de crédito entre la comunidad comercial y financiera. Las autoridades pueden mantener su influencia sobre el sistema monetario, sólo en la medida en la que empleen con moderación”<sup>11</sup>.

Según se puede leer, aquí se maneja la noción de una oferta monetaria endógena (en tanto Keynes era exogenista) y, lo que en este momento más nos importa, se apunta que “*las perturbaciones monetarias tienen sus raíces en el comportamiento real de la economía*”. Claramente,

---

<sup>11</sup> Joan Robinson y John Eatwell, *Introducción a la economía moderna*, FCE, Madrid, 1976, págs. 290-1. En la cita,  $M$  es cantidad de dinero (oferta),  $P$  nivel de precios,  $T$  nivel de la producción y  $V$  velocidad de circulación del dinero.

se sostiene que es el aspecto real el que opera como factor dominante. En verdad y un tanto paradójicamente, como economista monetario el aporte de Keynes es relativamente menor. Y si se le reconoce como gran economista es por su rescate y generación de una *macroeconomía real* especialmente poderosa. En otras palabras, aporta una buena teoría sobre los aspectos más relevantes (los reales) de la vida económica.

Como sea, de lo indicado se deduce una primera y muy elemental conclusión: el dinero no es neutral y puede ejercer una importante influencia sobre las variables macroeconómicas reales. En cuanto al cómo, en primera instancia tenemos que opera por la vía de la tasa de interés.

En primera instancia y sin pretender entrar aquí a fundamentar el enunciado que sigue, tendríamos una secuencia causal del tipo:

- 1) Aumento del nivel de incertidumbre o “grado de inquietud”, respecto al futuro.
- 2) Aumento de la preferencia por liquidez. Tendría lugar un desplazamiento hacia arriba y hacia la derecha de la curva de preferencia por liquidez.
- 3) Aumento de la tasa de interés. Esto, suponiendo que la oferta monetaria no crece (o no crece lo suficiente como para impedir el aumento de la tasa de interés). O bien, que la economía ya está ubicada en el tramo más o menos horizontal de la curva de preferencia por liquidez. Por ende, la política monetaria resultaría impotente.
- 4) Como consecuencia de 1), los ingresos esperados se reducirían. Como consecuencia de 3), el valor actualizado de esos ingresos previstos, también caería. En consecuencia, descenso de la eficacia marginal del capital.
- 5) Ante el descenso de la eficacia marginal del capital, caída en los niveles de inversión.
- 6) Como consecuencia de 5), descenso en los niveles de actividad económica: cae el nivel del Producto Interno Bruto (PIB).

Si aceptamos, al menos preliminarmente, una secuencia como la descrita, surge una muy obvia afirmación: la incertidumbre pasa a considerarse la variable más esencial en la explicación de los niveles de la actividad económica. O sea, opera como “principio” en un doble sentido: como factor esencial y como factor que opera como antecedente (“*prius*”) o factor primario y desatante de todo lo demás. De aquí dos grandes interrogantes: a) ¿es lícito asignarle tal papel al factor “incertidumbre”? b) ¿qué variables (factores, condiciones) operan como determinantes del fenómeno que se supone central, la incertidumbre?

En el numeral que sigue pasamos a discutir algunas perspectivas, de corte postkeynesiano, que se suelen manejar en torno a estos temas.

## II.- Dinero e incertidumbre: subjetivismo y naturalismo metafísico

En cuanto a la primera pregunta, adviértase que la hipótesis coloca a un factor subjetivo como elemento central del análisis económico. En palabras de Shackle, “definimos la incertidumbre como un estado mental y subjetivo”<sup>12</sup>. El punto no es menor. Si tomamos en serio la propuesta, deberíamos aceptar que la pregunta económica clave debería ser contestada no por la ciencia económica sino por la psicología. No hacerlo sería muy poco serio y abriría las puertas a todo tipo de disquisiciones ignaras e infundadas (muy propias, por lo demás, de buena parte de la profesión). Por ejemplo, dada la usual ignorancia de los economistas sobre el tema subjetivo, se tiende a pensar que éste es un espacio donde impera la irracionalidad, el capricho y similares (el mismo Keynes, que manejaba una “teoría”(?) psicológica bastante burda, nos habla del hígado de los empresarios, de las histerias y demás). Por ende, estaríamos apuntando a algo que se considera no es teorizable.

Pero hay algo más decisivo: ¿podemos aceptar que este factor subjetivo juegue el papel de fenómeno y categoría esencial y básica, impulsora de todo lo demás? ¿En verdad la podemos tratar como variable independiente?

No está demás indicar: una respuesta afirmativa nos acercaría bastante a esa visión “espiritualista” de la historia, enarbolada por los ideó-

---

<sup>12</sup> G. L. S. Shackle, *La naturaleza del pensamiento económico*, FCE, México, 1981, pág. 97.

logos conservadores ligados a la aristocracia feudal. Como sea, lo más importante radica en que la evidencia conocida –amen de las modernas teorías sociológicas y psicológicas– rechazan muy claramente la eventual dominación de lo subjetivo. La secuencia va de las estructuras socioeconómicas al “espíritu” y no al revés. Si aceptamos esta perspectiva, debemos, en consecuencia, pasar a buscar las raíces o causas objetivas de esta incertidumbre. Es decir, la pregunta sería qué elementos de la estructura económico-social serían las causas de este importante rasgo.

Abordemos la segunda gran interrogante: ¿por qué la incertidumbre? En este plano, encontramos algunas respuestas muy típicas, de corte a-histórico y que podemos calificar como metafísicas.

Una variante es la que maneja Shackle. Este, por ejemplo, atribuye la incertidumbre (y la misma preferencia por liquidez) a “la naturaleza humana”, a “la inescapable condición humana”<sup>13</sup>. Más concretamente, apunta a la “ignorancia inherente relativa a los resultados de nuestros actos”<sup>14</sup>. Victoria Chick va incluso más allá y escribe que “no es el dinero el que provoca realmente los problemas, sino el tiempo”<sup>15</sup>.

La hipótesis es errónea: si pensamos en una economía socialista planificada, las incertidumbres que martirizan a empresarios y trabajadores asalariados, desaparecen. Y por cierto, el tiempo para nada desaparece. La falla de la mencionada hipótesis reside en el olvido de las bases mercantiles de la economía capitalista. Es decir, la existencia de una *específica forma de propiedad* que provoca el conocido hecho de producir para otros sin saber qué es lo que los otros necesitan y pueden comprar. Y se puede comprender fácilmente las implicaciones de una y otra hipótesis<sup>16</sup>.

En este contexto, nos topamos con otro aspecto que conviene mencionar.

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, págs. 46 y 47.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pág. 46.

<sup>15</sup> Victoria Chick, *La macroeconomía según Keynes. Una revisión de la teoría general*, Alianza edit. Madrid, 1990, pág. 30.

<sup>16</sup> Ver siguiente sección.



Podemos asumir que toda teorización –directa o indirectamente, explícita o implícitamente, consciente o inconscientemente– tiene un objetivo práctico: apoyar ciertas transformaciones (o “preservaciones”), a efectos de lograr tales o cuales resultados que se suponen útiles (por lo menos para el grupo impulsor). En otras palabras: las teorías explicativas se suelen traducir en políticas económicas. Y éstas, al ser aplicadas, dan lugar a tales o cuales transformaciones en las instituciones económicas y políticas. La clave a subrayar es: se deben suprimir ciertas realidades y reemplazarlas por otras. Agregando que hay objetivos que pueden exigir transformaciones relativamente menores y otros que exigen cambios de orden mayor. Esta conexión también puede permitir testar la veracidad de las teorías que se esgrimen. Por ejemplo: i) se pretende corregir (eliminar, readecuar) tales o cuales fenómenos, como *vg.* el desempleo; ii) la teoría manejada recomienda los cambios de tipo equis; iii) la experiencia puede mostrar que tales cambios no son posibles o bien, que si son posibles no son capaces de generar los resultados buscados.

Supongamos ahora que se busca eliminar las crisis cíclicas y que éstas, con un espíritu más o menos postkeynesiano, se atribuyen a cambios negativos en las expectativas y la consiguiente mayor incertidumbre. Luego, si *vg.* elegimos la óptica teórica de V. Chick –la incertidumbre es un problema asociado al tiempo– podemos deducir que o eliminamos el tiempo! o no hay más remedio que aceptar las crisis<sup>17</sup>. En el caso de Shackle, la deducción no es menos sorprendente: para suprimir crisis y recesiones habría que suprimir a la misma especie humana (o lograr una tremenda mutación genética). En otras palabras, *en estricta lógica*, estas posturas llevan a concluir que crisis y recesiones no se pueden suprimir.

Subrayemos lo de “deducción lógica”. Ello, pues en la práctica esos mismos economistas no parecen aceptar una actitud tan fatalista. En parte porque traicionando su misma posición de principios, en tales o cuales análisis concretos dejan de lado a sus enunciados metafísicos. Por ejemplo, discuten medidas que puedan mejorar la “confianza” de los inversionistas privados. Otra ruta, aún más frecuente, apunta a examinar las posibilidades de aminorar las consecuencias dañinas de la incertidumbre. En este caso, de modo casi inevitable, se apela a la intervención estatal.

---

<sup>17</sup> Si somos rigurosos, para suprimir el tiempo (que es el astronómico, en el caso de nuestra autora), tendríamos que suprimir o paralizar a nuestra galaxia. Por lo menos al sistema solar.

Supongamos que la “confianza” se cae, lo que arrastra a la inversión, al PIB y la ocupación. En este marco, se puede acudir a un gasto público compensatorio. Pero adviértase: si éste es el caso, tenemos que el remedio para las crisis y el desempleo exige una creciente intervención y gasto estatal. Es decir, la economía entraría en un proceso de estatización cada vez mayor. Algo que difícilmente puede ser compatible con un régimen económico capitalista<sup>18</sup>.

Y valga insistir: si es el tiempo (o la naturaleza humana más esencial) lo que produce la incertidumbre y sus secuelas, no hay modo de superar estos problemas. Pero si es la forma de propiedad el elemento causal, el problema se resuelve transformando-eliminando a ese tipo de ordenamiento social. O sea, atacando al capitalismo, algo que la gran mayoría de los keynesianos (empezando por el mismo Keynes), no están dispuestos a aceptar. Esta escuela, sabido es, busca reformar al capitalismo, no destruirlo. Como bien apuntaba la señora Robinson, “debemos admitir que toda doctrina económica que no sea formalismo trivial, contiene juicios políticos”. Agregando que “Marx está haciendo propaganda contra el sistema, Marshall lo defiende y Keynes lo critica con objeto de mejorarlo”<sup>19</sup>.

Pero hay algo más y que se refiere a las posibles relaciones entre el dinero y el fenómeno de la incertidumbre. Keynes, en este respecto, escribe que “la importancia del dinero surge esencialmente de que es un eslabón entre el presente y el futuro”. Asimismo: “el dinero (...) es un artificio útil para ligar el presente con el futuro; y no podemos siquiera empezar a examinar el efecto de las expectativas cambiantes sobre las actividades corrientes, excepto en términos monetarios”<sup>20</sup>. El enunciado, así transcrito, explica poco o nada. Si lo tomamos aisladamente es hasta enigmático. En lo que sigue, trataremos de explicarlo. Para ello, haremos un rodeo y empezaremos recordando algunos aspectos básicos de la teoría marxiana del dinero y de las economías de mercado. Luego, a la luz de esta perspectiva –que es bastante más sólida– trataremos de entender las

---

<sup>18</sup> En el límite, llegaríamos a una economía planificada, no-mercantil. Por ende, a una prueba práctica de que la incertidumbre no es un problema asociado a la naturaleza humana sino a un determinado tipo de estructura económica.

<sup>19</sup> Joan Robinson, *Ensayos de economía poskeynesiana*, FCE, México, 1987, págs. 337 y 334. Según Paul Davidson, el ideario de Keynes supone una tercera vía que no es una mixtura sino algo cualitativamente diferente del socialismo y del capitalismo.

<sup>20</sup> J. M. Keynes, *T.G.*, Edición citada pág. 261.

intuiciones, hallazgos, equívocos y errores que, sobre el tema, encontramos en Keynes y sus discípulos.

### III.- Economías de mercado, incertidumbre y dinero. La visión marxista

¿Por qué la incertidumbre?

A modo de referencia, recordemos la posición de Marx: *tal incertidumbre responde a la base estructural del sistema*. Más concretamente, al carácter mercantil del capitalismo. En una economía de mercado nos encontramos con múltiples unidades económicas, las cuales: i) no son autosuficientes: para llevar adelante sus actividades necesitan acceder a los productos que generan otras unidades económicas; ii) deciden por sí y ante sí qué y cómo producir. Esto, sin poder conocer las necesidades efectivas y solventes de los eventuales compradores. En este caso, “nadie sabe qué cantidad de artículos de la misma clase se lanzan al mercado ni cuántos de estos artículos son necesarios en general; nadie sabe si su producto individual responde a una demanda efectiva, ni si podrá cubrir los gastos, ni siquiera, en general, si podrá venderlo”<sup>21</sup>. En otras palabras, hay una incertidumbre *estructuralmente determinada*.

En este marco hay que situar el papel del equivalente general, del dinero. Para Marx, el dinero funciona como “encarnación directamente social de todo trabajo humano” y es el “representante general de la riqueza material, pues puede trocarse directamente en cualquier mercancía”<sup>22</sup>. Esta propiedad de intercambio, propia del “equivalente general” o dinero, es lo que contemporáneamente se designa como *liquidez*. Lo cual, es también lo propio del *trabajo social*. Y recordemos: un trabajo es social cuando es capaz de satisfacer las necesidades de *otros*. Lo cual, en un régimen de mercado, implica que los otros *compran* las mercancías del caso. Comprar significa entregar dinero a cambio de productos y, por lo mismo, otorgarle al vendedor poder de compra, o sea, capacidad para acceder al resultado del trabajo de otros. En breve, tenemos que un trabajo (el producto que es su resultado) se intercambia por otro tipo de trabajo (otro producto, resultado de este otro trabajo). Y es esta capacidad de

---

<sup>21</sup> F. Engels, *Anti-Dübring*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1973, pág. 221.

<sup>22</sup> C. Marx, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1974, pág. 91.

intercambiarse por cualesquier otro tipo de trabajos, lo que es propio del *trabajo social*. Pues bien, en una economía de mercado, el trabajo social o “trabajo intercambiable”, asume la forma de *valor*. A la vez, los productos asumen la forma de *mercancías*.

¿Qué encontramos en una mercancía? En lo medular, dos propiedades: i) ser algo útil, tener capacidad para satisfacer tal o cual necesidad. Es decir, tener un “*valor de uso social*” (valor de uso para otros, sus posibles compradores); ii) *tener valor*. O sea, que el trabajo gastado en su producción sea reconocido como *trabajo social*.

En una economía de mercado, a nivel de cada empresa particular, el trabajo se gasta como si fuera un trabajo privado. Entendiendo por trabajo privado el que se gasta sin tomar en cuenta las necesidades ajenas, de otros; por lo mismo, se trata de un trabajo cuyos resultados (o productos) se buscan para satisfacer directamente las propias necesidades. Por ejemplo, el trabajo que cada mañana me toma preparar mi desayuno, funciona –por el lado de sus resultados– como trabajo privado. Esto, en tanto sus resultados no están destinados a satisfacer las necesidades de otros sino, solamente las mías.

En una empresa tipo, los recursos disponibles se utilizan *como si fueran privados*. Ello, en tanto es el empresario el que decide, por sí y ante sí, qué uso se les va a dar. En estas decisiones, los otros, los ajenos al poder patrimonial del propietario, no tienen arte ni parte. No son consultados ni invitados a participar en las decisiones de producción. Pero es justamente en este acto donde nos topamos con la radical ambigüedad del régimen mercantil: la producción que se ordena, no está destinada al consumo propio o interno, sino para ser vendida a los otros, a los eventuales compradores. En otras palabras, se busca que el trabajo gastado funcione como social, aunque se lo administra como si fuera privado. Por lo mismo, si tal trabajo va a funcionar o no como trabajo social, es algo que el empresario sólo puede constatar en el mercado, cuando allí llega para tratar de vender sus productos<sup>23</sup>. Si la venta tiene lugar y se hace a un

---

<sup>23</sup> “El tiempo de trabajo social sólo existe, por así decirlo, en forma latente en estas mercancías, y sólo se revela durante su proceso de intercambio. No se parte del trabajo de los individuos en calidad de trabajo comunitario, sino, a la inversa, de trabajos particulares de individuos privados, los cuales sólo en el proceso de intercambio, y por supresión de su carácter originario, se revelan como trabajo social general. De ahí que el trabajo social general no sea una premisa acabada, sino un resultado en devenir.” Cf. C. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, pág. 29.

precio normal, tenemos que tal trabajo privado se pasa a reconocer como trabajo social. O sea, intercambiable por otros. Siendo el dinero, el factor de mediación. Adviértase además: si la venta no tiene lugar, no hay acceso al producto de los otros. Por lo mismo, como la empresa no es autosuficiente, no podrá seguir en funciones<sup>24</sup>. De hecho, se verá condenada a desaparecer, a quebrar.

De aquí la necesidad de vender, de obtener dinero. Por ello Marx decía que “la mercancía ama al dinero”. Agregando que, así como “*the course of love never does run smooth*”, en ocasiones las ventas fallan. Es decir, el trabajo gastado no es reconocido como trabajo social. O bien, lo que viene a ser lo mismo, a la mercancía no se le reconoce ningún valor.

En este punto, retomemos las dos propiedades medulares de una mercancía: valor de uso social y valor. La una, implicando la otra. Existiendo, al unísono, en tal o cual mercancía particular. Pues bien, ¿qué sucede en el momento de la venta? En este caso, la tal o cual mercancía –*vg.* una naranja– pasa de ser propiedad de su productor a ser propiedad de su comprador. Luego, éste la puede usar y, por consiguiente, consumirla en cuanto valor de uso<sup>25</sup>. La pregunta es por el valor de la tal mercancía: como su productor no la regala, debe obtenerlo. Y obviamente, no lo puede ya obtener ni tener bajo la forma de la naranja que está vendiendo. Si la operación es de trueque, el valor de la naranja lo obtiene bajo la forma del valor de la camisa que *vg.* obtiene a cambio. Pero en una economía mercantil desarrollada el trueque cesa y el valor se obtiene bajo la forma de dinero, del llamado equivalente general, el cual pasa a operar como forma sustantivada del valor.

En este caso, si bien se piensa, el valor de la mercancía naranja asume una doble existencia: la que posee en el ser naranja y la que posee como el dinero en que su valor es representado. Como naranja, su valor no puede asumir una existencia independiente. Como dinero (o

---

<sup>24</sup> “La circulación de la mercancía presupone una división del trabajo desarrollada, es decir, la multilateralidad de las necesidades del individuo en proporción inversa a la unilateralidad de su producto.” C. Marx, *Contribución...*, pág. 79, Edición citada.

<sup>25</sup> Las mercancías se pueden comprar para luego revenderlas, caso del comercio, al por mayor o al por menor. Pero esto sólo alarga el procedimiento o intervalo que va desde la producción al consumo, productivo o personal, de los correspondientes productos-mercancías.

precio de la naranja) sí. Y es ésta la forma de valor que pasa a manos del vendedor (la cual, además, no es una forma perecedera). Y es la otra, la que queda en manos del comprador. Forma que es aniquilada en tanto la naranja es consumida (y si no es consumida, en tanto el tiempo provoque su deterioro y descomposición). Marx agrega: así como el valor asume una doble existencia, el valor de uso del dinero-mercancía también. Si *vg.* consideramos al oro, está la utilidad del oro en cuanto metal. Pero si es el oro el que pasa a funcionar como dinero, se le pasa también a agregar su utilidad como dinero.

La emergencia de la forma económica del dinero (o “equivalente general”), implica consecuencias decisivas. Entre ellas: a) Se provoca una disociación entre el valor de uso y el valor. Lo cual, da lugar a la sustantivación del valor. Lo que antes coincidía en una mercancía, aparece escindido. Por un lado, la mercancía (o su signo) que funciona como equivalente general, como representación del valor. Por el otro, el vasto mundo del resto de las mercancías que sólo pasan a interesar como valores de uso; b) *separación, en el tiempo, de compras y de ventas*. Algo que el simple trueque no permite. En consecuencia, abrir la posibilidad de que una venta no sea seguida con una compra<sup>26</sup>; c) *convertibilidad o liquidez máxima del dinero*. Es decir, en cuanto encarnación del trabajo social, el dinero es inmediatamente convertible en cualesquier mercancía, sin más límites que el de su cantidad. Este es la propiedad que, en estas notas, más nos interesa.

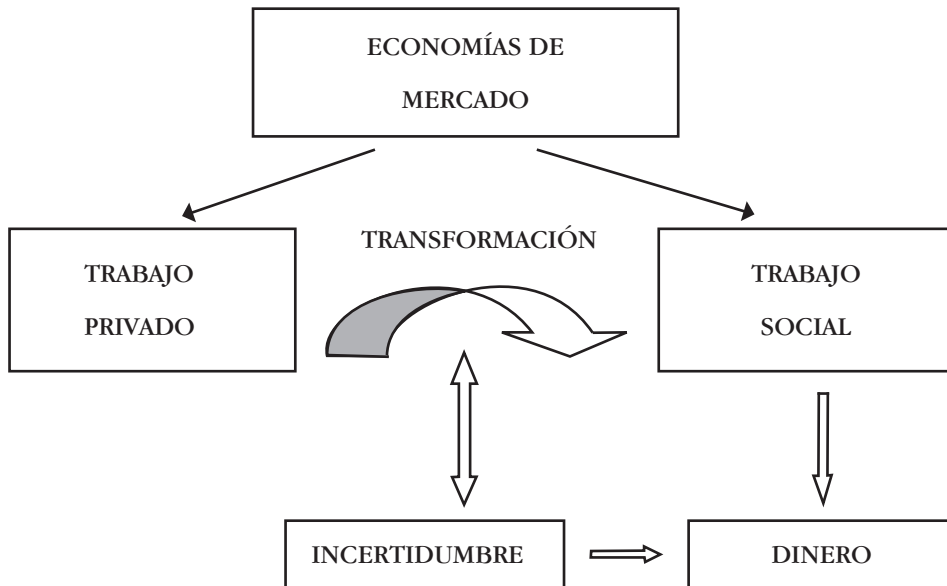
Valga repetir: el trabajo social o valor se materializa y sustantiva en el “equivalente general” o dinero. Por lo mismo, tenemos que poseer dinero es poseer “trabajo social”. O sea, capacidad o poder para disponer de los resultados (productos-mercancías) de otros tipos de trabajos. Como señala Marx, “el dinero no conoce fronteras: es el representante general de la riqueza material, pues puede trocarse directamente en cualquier mercancía”<sup>27</sup>. Asimismo, apunta que “el valor de la mercancía mide el grado de su fuerza de atracción sobre todos los elementos de la riqueza material. Mide, por lo tanto, la riqueza social de su poseedor”.

---

<sup>26</sup> Con lo cual, la ley de Say es rechazada *ab ovo*.

<sup>27</sup> C. Marx, *El Capital*, Tomo I, FCE, pág. 91. En la referencia de Marx, “con oro, hasta se hace entrar las almas al paraíso” decía don Cristóbal Colón.

FIGURA I: ECONOMÍAS DE MERCADO, INCERTIDUMBRE Y DINERO



De lo expuesto, permítasenos insistir y subrayar: *la incertidumbre es algo consustancial, inherente a las economías de mercado*. Esto, en el sentido de no existir la seguridad de que el trabajo gastado en tal o cual empresa va a ser reconocido como trabajo social. Por lo mismo, que ese trabajo nos permita acceder a los productos-mercancías que exige la reproducción de la empresa y la misma vida personal. Tal incertidumbre la resuelve la posesión de *dinero*. Es decir, la tenencia de un activo que es fácilmente transformable en cualquier tipo de bienes. O sea, que sea perfectamente líquido.

De aquí el atractivo del dinero, de poseerlo en la mayor cantidad. O sea, de poseerlo en su calidad de *depósito de valor*, de *valor sustantivado*. Algo que es bastante más amplio que el “motivo precaución” que maneja Keynes. En este caso, el dinero que se atesora responde a la posibilidad de enfermedades, accidentes y similares. O sea, de *posibles sucesos naturales* que demandan un cierto gasto. Entretanto, nosotros estamos hablando de un fenómeno socio-histórico determinado, que nada tiene de natural.

Conviene agregar: en la perspectiva de Marx, el dinero tampoco es capaz de proporcionar una seguridad absoluta. Su poder adquisitivo

puede cambiar, sea porque se altera su valor o porque lo haga el resto de las mercancías. Situación que parece más factible en el caso de un sistema monetario de dinero papel, el que suele ser más propenso al fenómeno inflacionario. Si ésta tiene lugar, la detención de existencias monetarias implica aceptar el “impuesto inflacionario” y, en el límite, para muy altas tasas de inflación, puede emerger una situación de “huída del dinero”.

En lo expuesto, surge una conocida interrogante. ¿Por qué mantener saldos monetarios ociosos si aplicándolos de cierta manera pueden rendir algún beneficio pecuniario?

Para bien entender, conviene pasar del marco de una economía mercantil a secas a una economía mercantil *capitalista*. En este caso, encontramos un ciclo del tipo D–M–D' (D= dinero; M= mercancías; D' = dinero final;  $D' > D$ ). En este caso, el dinero D pasa a funcionar como *capital dinero*. Esto, significa que el dinero inicial se aplica en la compra de recursos productivos, humanos (gasto de capital variable) y materiales (gasto de capital constante). Con estos recursos se lleva adelante un determinado proceso de producción, el que desemboca en cierta masa de nuevas mercancías, cuyo valor M', traducido a dinero es igual a D'. Por ende, se obtiene una masa de ganancias igual a  $(D' - D)$  y una tasa de ganancia igual a  $(D' - D) / D$ . Para nuestros propósitos, el punto a destacar sería el de que *teniendo dinero se puede ganar más dinero*. Esto, en la medida que tal dinero pase a funcionar como capital. Según escribiera Marx, “el dinero (...) puede convertirse a base de la producción capitalista en capital y deja de ser, gracias a esta transformación, un valor dado, para pasar a ser un valor que se valoriza, se incrementa a sí mismo. Produce ganancias, es decir, permite al capitalista extraer a los obreros una determinada cantidad de trabajo no retribuida, de producto sobrante y de plusvalía, y apropiárselo. Con lo cual adquiere, además del valor de uso que posee como dinero, un valor de uso adicional: el que le permite funcionar como capital. Su valor de uso consiste aquí precisamente en la ganancia que produce al convertirse en capital. Esta cualidad de posible capital, de medio para la producción de ganancia, lo convierte en mercancía, pero en una mercancía *sui generis*”<sup>28</sup>.

Los empresarios o agentes del capital suelen enfrentarse a un problema: por un lado, manejar un proyecto de inversión del cual esperan una tasa

---

<sup>28</sup> C. Marx, *El Capital*, Tomo III, FCE, edición citada pág. 326.



de rentabilidad atractiva; por el otro, un financiamiento (i.e. dinero) que es insuficiente.

En este caso, pasan a cotejar la rentabilidad esperada con el eventual costo que pudiera implicar conseguir, por la vía del endeudamiento, el financiamiento necesario.

Ahora bien, una deuda (préstamo) implica una relación entre dos tipos de agentes económicos.

Por un lado, el que se endeuda o prestatario. Este, debe barajar tres variables: 1) la cantidad de dinero prestado que necesita; 2) lo que espera ganar con cargo a la inversión de esos recursos prestados; 3) lo que le deberá pagar al prestamista y, en consecuencia, la rentabilidad esperada, *neta* de los costos crediticios. Digamos que ésta es la situación más frecuente. En ocasiones, usualmente cuando emergen las crisis, los prestatarios buscan el dinero para pagar deudas. O sea, se endeudan más para pagar las deudas más antiguas y que, de no ser pagadas, pueden provocar la quiebra definitiva de la empresa.

Por el otro lado, tenemos al agente económico que presta, el que concede el crédito. Y si ésta es su actividad, es porque obviamente dispone de liquidez. La mayoría de los autores, siguiendo una pésima costumbre muy propia de los neoclásicos, se imaginan que el prestamista es una persona individual. La que a partir de su nivel de ingresos y gastos de consumo, queda con un sobrante que es líquido, parte del cual decide usarlo como inversión financiera. Es decir, prestar ese dinero a cambio de un título de deuda, el cual le promete el reembolso del crédito más un plus llamado interés. Lo que en la realidad sucede es muy distinto: son grandes instituciones financieras (bancos y demás), las que manejan como negocio capitalista independiente las operaciones de crédito. ¿De dónde obtienen lo que prestan? En parte, ellos mismos crean esos recursos. Y en parte, los obtienen de las personas que abren cuentas bancarias (depósitos a la vista). Las cuales, hasta hace muy poco tiempo, no cobraban ningún interés (y sí debían pagar comisiones por manejo de cuenta). Hoy en día, se les suele erogar algún pago, bastante menor<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> Y que suele ser compensado por las comisiones. Los depósitos a la vista se usan por razones de seguridad, no de rentabilidad: "es mejor tener el dinero en el banco que debajo del colchón". En breve, no se manejan como inversión financiera.

**Créditos al consumo personal.** En el análisis previo hemos dejado de lado este tipo de créditos. Los pasamos ahora a examinar.

Una parte importante de los gastos en consumo no parece responder a necesidades intrínsecas de las familias consumidoras. Por ejemplo, la “necesidad” de cambiar de modelo de automóvil cada uno o dos años, el cambio semestral de celulares y/o computadores, de equipos de música, de vestuario o ropa de cama. Todo esto, responde a *modas*. Es decir, a “necesidades” que crea la propaganda. Detrás de la cual, están las grandes empresas cuyo afán es elevar sus ventas.

El crédito al consumo, se aplica a bienes con alto precio unitario. Y, en términos gruesos, se le concede a capas asalariadas que: a) sin el crédito, difícilmente podrían comprar; b) tienen un salario cuyo nivel les permite amortizar el crédito obtenido. A veces, con alguna holgura y, en la mayoría de los casos, con bastante apretura; c) por lo mismo, en países como México, por su nivel de ingreso medio y su norma distributiva (altamente regresiva), tenemos que la mayoría de las familias no tienen acceso al crédito.

Sentado lo anterior, podemos esgrimir una hipótesis: los gastos de publicidad sobre artículos de consumo, tienen sentido si provocan un aumento “adecuado” de la demanda. O sea, que los mayores ingresos por ventas que genera la publicidad, provoquen utilidades superiores a los costos de la publicidad. Y que lo hagan en un porcentaje más o menos semejante a la tasa de ganancia usual de la corporación. Estas serían las condiciones –de rentabilidad– para dar el primer paso: *crear la necesidad* del gasto en consumo por tal o cual tipo de productos. Dado esto, viene el segundo paso: que el sistema financiero responda creando y *otorgando los créditos al consumo del caso*. Para lo cual, el fuerte entrelazamiento que hoy existe entre empresas industriales y financieras, no es un dato menor.

Al final de cuentas, tenemos que el crédito al consumo, también responde a las necesidades de valorización del capital.

Lo anotado, nos conduce a una consideración elemental: cuando el régimen económico es mercantil y capitalista, las funciones del dinero y su misma lógica de comportamiento se amplían.

No se destruyen las propiedades ya indicadas y que son provocadas por el carácter mercantil del proceso. El punto es otro: a esta base se le superponen las exigencias que provoca la dominación de la dinámica del capital. Por lo mismo, dicho sea en términos muy genéricos, debemos deducir que *la dinámica del dinero pasa a ser regulada, en lo básico, por la dinámica del capital*. Y si ésta no se entiende, tampoco se entenderá la monetaria<sup>30</sup>.

Pero hay algo más. El mismo desarrollo del capitalismo y desde sus mismos inicios, da lugar a una separación entre diversas secciones del capital. Para lo que nos interesa, la relevante es la que provoca la emergencia del capital dinero de préstamo. *Este se independiza del capital industrial y establece con éste una relación de complicidad y de conflicto*. De complicidad en tanto su fuente de ingresos –el interés– no es más que una parte de la plusvalía que es capaz de generar el sistema. De conflicto en tanto si suben los intereses como porción de la plusvalía, se cae en consecuencia la parte apropiada por el capital productivo. Y nuevamente: si no se considera explícitamente el capital dinero de préstamo en cuanto tal (bancos y similares), se dejan de entender los fenómenos monetarios.

Podemos avanzar otro peldaño y considerar el capital financiero en sus expresiones contemporáneas. Aquí, emergen nuevas funciones, nuevas dinámicas y nuevas fuerzas, económicas y políticas. Por ejemplo, más que el interés per-se, lo que más persiguen estos nuevos gigantes son las “ganancias de capital”, muy asociadas a las “burbujas especulativas”.

Novedades como las indicadas, nos preocuparán en los próximos apartados. De momento digamos que estas novedades no necesariamente provocan la crisis del modelo teórico. Si éste tiene fundamentos sólidos, la

---

<sup>30</sup> Esta dependencia también nos indica que es el mismo sistema, el que necesita de una tasa de interés positiva, cierta tasa de desempleo mínima, etc. Cuando estas exigencias de la base estructural se olvidan, se empiezan a generar toda clase de equívocos mayores. Supongamos que la tasa de interés es cero y que el crédito es ilimitado. En este caso, todos correrían a endeudarse y a gastar prontamente ese dinero. La obvia consecuencia sería llevar la economía al pleno empleo en un dos por tres. Con lo cual, se dispararían los salarios nominales. Si los precios se mantuvieran rígidos, las ganancias capitalistas se desplomarían y muy pronto llegarían a cero o menos. En breve, el sistema capitalista se desplomaría. Si suponemos que el aumento salarial se traslada a los precios, asistiríamos a un proceso inflacionario descomunal. Con lo cual, habría “huida del dinero” y se volvería a una especie de economía de trueque. Algo del todo inmanejable y que también hundiría al sistema. Los ejemplos son burdos pero nos permiten deducir: el sistema necesita tasas de interés positivas y/o restricciones crediticias (una especie de racionamiento).

exigencia apunta al *desarrollo de la teoría*. Pero si esos basamentos no son sólidos, en vez de desarrollo encontramos una *crisis de fundamentos*<sup>31</sup>.

#### IV.- Sobre la naturaleza del interés: ¿inquietudes subjetivas o porción del excedente?

Si se habla de relaciones esenciales en el plano económico, uno se debe remitir a la teoría del valor y la distribución que maneja el correspondiente paradigma. En este plano, en la corriente postkeynesiana encontramos un vacío total. Frente a los neoclásicos, hay cierto rechazo no muy entusiasta. Frente a la escuela marxista y su teoría de la explotación, se huye como si se estuviera frente a un texto satánico.

Para abreviar, consideremos el caso del interés. Para Marx, es parte de la plusvalía global (o excedente), porción que es apropiada por el capital dinero de préstamo. ¿Qué sucede con Keynes? Al respecto, rechaza la noción neoclásica (pago por la “abstinencia”, por la “posposición del consumo”, etc.). En corto, detrás del interés no hay ningún coste real. En sus palabras, “debiera ser evidente que la tasa de interés no puede ser recompensa al ahorro o a la espera como tales; porque si un hombre atesora sus ahorros en efectivo no gana interés, aunque ahorre lo mismo que antes...<sup>32</sup>” Asimismo, señala que “hoy el interés no es recompensa de ningún sacrificio genuino, como tampoco lo hace la renta de la tierra.<sup>33</sup>”

A la vez, en ningún momento Keynes señala que *vg.* las ganancias empresariales (o “beneficio industrial”) tengan una naturaleza semejante al interés. Asimismo, para nada maneja la noción de excedente económico. Con cierta ambigüedad, Keynes rechaza la conexión entre explotación y ganancias empresariales. Por lo mismo, debe rechazar toda posible semejanza entre esas ganancias y los intereses. En breve, propone un tratamiento dual, en que las ganancias industriales son legítimas y los intereses no.

---

<sup>31</sup> Pensamos que el keynesianismo, en su vertiente subjetiva, enfrenta justamente estos problemas. Y si quiere salvarse, debería buscar salidas por el lado de Kalecki. Lo cual, dicho sea al pasar, también lo conectaría con Marx. Un cotejo de Kalecki con Keynes, algo condescendiente con este último, en Julio López G., “Two versions of the Principle of Effective Demand: Kalecki and Keynes”, en *Journal of Postkeynesian Economics*, n°4, Vol. 24, Summer 2002. En este mismo número viene un comentario, muy arbitrario y sectario, de Davidson.

<sup>32</sup> Keynes, *T. G.*, pág. 151.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pág. 331.

En postkeynesianos como Paul Davidson, se observa un cambio sugerente. La noción de Keynes sobre un capital financiero parásito, se tiende a olvidar (las referencias sobre el punto son mínimas) y la atención se concentra en el aspecto incertidumbre y sus consecuencias: la imposible predicción del futuro (ver, más adelante, las críticas al “principio ergódico”)<sup>34</sup>. En verdad, la propensión subjetivista o “naturalismo metafísico”, ya está presente en el Keynes de la Teoría General. Por ejemplo, nos dice que i) “la tasa de interés es la recompensa por privarse de liquidez durante un período determinado”<sup>35</sup>; ii) es una medida de la renuncia de quienes poseen dinero a desprenderse del poder líquido que da”<sup>36</sup>. Luego, ¿por qué tiene lugar la “preferencia por liquidez”? ¿Cuál es su condición de existencia? Para nuestro autor se trata de “la existencia de incertidumbre respecto al futuro de la tasa de interés”<sup>37</sup>. O bien, de acuerdo a un texto famoso, “La posesión de dinero efectivo calma nuestra inquietud; y el premio que requerimos para deshacernos del dinero es la medida del grado de nuestra inquietud”<sup>38</sup>.

Como puede verse hay un claro desplazamiento desde el rechazo a la noción neoclásica a una versión en que, análogamente, se termina por recurrir a un costo subjetivo: ahora ya no es por abstenerse de consumir sino por el “costo de la inquietud”<sup>39</sup>.

La perspectiva psicologizante nos remite indefectiblemente a la imagen de un individuo que cavila entre diferentes opciones a elegir: consumir más o ahorrar más, trabajar más o descansar más, tener más liquidez o invertir en títulos, etc. Incluso, si dejamos de lado el manejo

---

<sup>34</sup> En su libro sobre Keynes, no hay ninguna referencia a esta postura. En ello contrasta con Dillard, quien la discute con cuidado y le asigna un importante papel. Ver, de estos autores: a) Paul Davidson, *John Maynard Keynes*, Palgrave, Mac Millan, 2009; b) Dudley Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes*, en especial, el capítulo VIII, Edición citada.

<sup>35</sup> Keynes, *T. G.*, pág. 151.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pág. 152.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pág. 152.

<sup>38</sup> J.M. Keynes, *The General Theory*. Este famoso artículo, de 1937 (*Quarterly Journal of Economics*) lo citamos de S. Harris editor, *The New Economics: Keynes Influence on Theory and Public Policy*, pág. 187. Alfred A. Knopf, N. York, 1947 (reprinted 2011).

<sup>39</sup> A partir de estas apreciaciones naturalistas, con un desparpajo característico Keynes escribe que “el hecho de que el mundo sea tan pobre como es en bienes de capital acumulados después de varios milenios de ahorro individual sostenido se explica, en mi opinión, no por la tendencia a la imprevisión de la humanidad, ni siquiera por la destrucción de la guerra, sino por las altas primas

de unas nociones psicológicas muy primitivas, arribamos a una visión en que agentes económicos = personas individuales. Además, se supone que éstas se rigen por el principio de maximización del bienestar (utilidades). En los neoclásicos, para efectos de tal maximización, se agrega un poder de cálculo descomunal, ni siquiera al alcance de las más potentes computadoras de hoy. En Keynes, esta capacidad se suele desechar –a veces– y se da pábulo no a una “racionalidad acotada” (H. Simon), sino a factores simplemente irracionales: la “fogosidad”, la “energía animal”, “los nervios y la histeria”, la “digestión”, las “reacciones frente al estado del tiempo”, etc<sup>40</sup>.

En el mundo contemporáneo, la realidad es muy diferente. Nos encontramos con corporaciones gigantes, en lo financiero y en la producción –muchas veces entrelazadas– las que ejercen un fuerte poder monopólico. Amén de que moldean estilos de vida y valores culturales.

El factor escala determina estilos de gestión que tornan obsoletos (si alguna vez existieron) a los que podemos denominar empresarios y gerentes “keynesianos”. La “tecno-burocracia” moderna (J.K. Galbraith), determina un estilo de gestión ajeno a caprichos individuales. Las decisiones asumen un carácter grupal y se apoyan no en intuiciones sino en técnicas impersonales más o menos sofisticadas<sup>41</sup>.

El factor poder monopólico da lugar a cambios en la apropiación de la plusvalía global: a) a favor de ramas y empresas monopólicas; b) a favor del capital financiero y en contra del productivo. En consecuencia, acentuación del carácter parasitario de la economía.

---

de liquidez que antiguamente tenía la propiedad de la tierra y que ahora tiene el dinero (...). Todo el mundo sabe que la acumulación de riqueza se refrena y la tasa de interés se sostiene, debido a la preferencia que la mayor parte de la humanidad tiene por las satisfacciones presentes sobre las diferidas, o, en otras palabras, por su renuncia a “esperar”. Ver Teoría General, págs.. 214-215. En verdad, difícil encontrar más estupideces que en esta sedicente “teoría”(?) del desarrollo. Pero la obra de Keynes suele ser así, junto a intuiciones muy agudas, un tremendo rosario de tonterías ligadas a un subjetivismo extremo, más propio del clericalismo de Oxford y del mismo cura Berkeley, que de un liberal de Cambridge.

<sup>40</sup> Cf. Keynes, *T. G.*, págs.. 147-148.

<sup>41</sup>Lo que no impide la irrupción de quebrantos e incluso de quiebras. Algo que, por lo demás, es otra prueba de que el papel de las “intuiciones geniales”, del “arrojo y la fogosidad” juegan un papel totalmente secundario y que, en lo grueso, no son más que la sacralización interesada y apologética del segmento empresarial.

Agreguemos: a) en el sector financiero, la centralización y concentración de capitales suele ser mayor a la existente en el sector productivo; b) opera un *fuerte entrelazamiento* (vía grupos supra-corporados) entre los capitales productivos y financieros<sup>42</sup>; c) en las últimas décadas el capital financiero crece a los ritmos más altos y su lógica tiende a ser copiada por el mismo capital productivo: emerge y se expande el proceso de *financiarización*<sup>43</sup>; d) este proceso suele ir acompañado de una fuerte inflación del capital ficticio: burbujas especulativas. Asimismo, de la creación de múltiples y variados títulos financieros, los que generan opciones de liquidez y de ganancias (también de pérdidas) antes inexistentes<sup>44</sup>; e) a la base de estos fenómenos y como condicionante real, operan los procesos conjuntos de fuerte elevación de la tasa de plusvalía, bajos niveles de inversión y de balanza comercial deficitaria. O sea, la presencia de muy fuertes problemas de realización, los que momentáneamente son “tapados” por la especulación financiera; f) en el nuevo capital financiero, las ganancias se obtienen no tanto por la vía de los intereses cobrados sino por las “ganancias de capital” que posibilita la burbuja bursátil.

Si estos nuevos fenómenos no son considerados, poco se entenderá de la actual dinámica monetaria. En este sentido, los análisis de Minsky, resultan muy relevantes. Pero el postkeynesianismo más tradicional (y subjetivista), “no ha incorporado adecuadamente los mercados financieros en sus análisis del dinero y la demanda agregada”<sup>45</sup>. Más aún, en el marco del capitalismo contemporáneo, señalar que “el interés (...) es la recompensa por no atesorar”<sup>46</sup>, no parece muy atinado. Entonces, ¿en qué consiste la naturaleza del interés?

Si son los bancos e instituciones financieras los grandes prestamistas del sistema, ¿alguien se podrá imaginar que para prestar se deberá vencer su “inquietud”? El negocio de la banca consiste en prestar. Y si no lo hace,

---

<sup>42</sup> Es lo que da lugar al fenómeno de la “oligarquía financiera”, en la temprana conceptualización de Bujarin y Lenin. Sobre este tema, un texto brillante y aún actual es S. Ménshikov, *Millonarios y managers*, Edit. Progreso, Moscú, 1968.

<sup>43</sup> Sobre el tema, ver José Valenzuela Feijóo, *La gran crisis del capital*, UAM, México, 2009 (2ª edición).

<sup>44</sup> Sobre la crucial categoría “capital ficticio”, ver J. Valenzuela Feijóo, *La gran crisis del capital*, cap.III, edición citada.

<sup>45</sup> L. Ph. Rochon y S. Rossi, “Introduction”, en Rochon y Rossi edits., *Modern Theories of Money*, E. Elgar, Cheltenham, 2003, pág. XXXII.

<sup>46</sup> Keynes, *T. G.*, pág. 157, Edición citada.

simplemente se muere como banca. Se trata de instituciones capitalistas, que buscan beneficios. Por lo mismo, salvo en fases de crisis, son corporaciones deseosas de prestar y, por ende, de ganar. Luego, si hay prestatarios que den un mínimo de garantía, concederán todo el crédito posible. Lo cual, también significa que este crédito viene, en lo básico y dentro de ciertos límites, regulado por la demanda. Y ésta, la demanda de créditos, tiene que ver con las expectativas de ganancia del segmento industrial. Como ya lo apuntaba Ricardo, “las solicitudes de dinero hechas al Banco dependerán, pues, de la comparación entre la tasa de ganancia que pueda lograrse con el empleo de éste, y la tasa a que está dispuesto a prestarlo”<sup>47</sup>. Asimismo, apunta que la tasa de interés “no está regulada por la tasa a que el Banco lo presta, sea 5, 4 o 3%, sino por la tasa de ganancias que puede obtenerse con el empleo del capital, lo que es totalmente independiente de la cantidad o valor del dinero”<sup>48</sup>; Keynes, aunque cita este párrafo, pasa completamente de largo ante sus implicaciones.

Para los neoclásicos, valga el pequeño alcance, el interés representa el coste (obviamente subjetivo) que representa la posposición del consumo (o “sacrificio del consumo presente”) y viene determinado por el cruce de las curvas de ahorro e inversión. Keynes rechaza esta postura y plantea al fenómeno como algo estrictamente monetario y que refleja “la inquietud” de los tenedores de dinero. En su caso, manejando una perspectiva de stocks, señala que la demanda pertinente (“preferencia por liquidez”, o propensión al “atesoramiento”) depende del “grado de inquietud” y lo representa por la curva  $L_2 = L_2(i)$ . Y por el lado de la oferta, considera la parte de la oferta total que queda disponible una vez que se han satisfecho las exigencias del motivo transacciones y precaución ( $M_2 = M - M_1$ ). Un factor que, en lo básico, viene exógenamente determinado por la autoridad monetaria. Esta presentación genera diversas interrogantes. Por ejemplo, ¿es lícito asociar la demanda del dinero como reserva de valor (o “atesoramiento”) que viene ocasionada por la “inquietud” o “incertidumbre”, con los fondos líquidos que se retienen

---

<sup>47</sup> D. Ricardo, *Principios*, pág. 271, FCE, México,

<sup>48</sup> *Ibidem*, pág. 271. Es interesante señalar que Ricardo supone una tasa de interés que no se mueve y una oferta de créditos perfectamente elástica (horizontal) a tal tasa. Keynes, que cita este párrafo, pasa de largo esta posibilidad y se larga a disquisiciones que nada tienen que ver con la teoría ricardiana (la cual, no parece haber estudiado muy a fondo). Joan Robinson señalaba que Keynes “podría haber empezado simplemente por suponer una tasa constante de interés y una oferta de dinero perfectamente elástica”. Si no lo hizo, fue por evitar un rechazo inmediato de la ortodoxia. Cf. Joan Robinson, *Herejías económicas*, Edit. Ariel, Barcelona, 1976, pág.108.



por afanes especulativos? Pero el problema mayor, pensamos, radica en otro punto: en la presentación de Keynes (por lo menos la más usual), tenemos que la tasa de interés, al final de cuentas, no viene determinada por las operaciones crediticias<sup>49</sup>. Algo muy difícil de aceptar<sup>50</sup>.

La perspectiva marxiana es bien diferente. El interés se visualiza como porción de la plusvalía, parte que es apropiada por el capital “financiero”. En cuanto a la tasa de interés, Marx señala que “siendo (...) la relación entre la oferta de capital prestable, de una parte, y la demanda de esta clase de capital, de la otra, lo que decide en cada caso el nivel del interés en el mercado”<sup>51</sup>. Hilferding, apunta en el mismo sentido: “a base de la producción capitalista, toda suma de dinero recibe la capacidad de actuar como capital, esto es, de producir beneficios.” Luego, “el nivel del interés depende de la oferta y la demanda del capital de préstamo.” Más concretamente: “si el interés depende de la oferta y la demanda, entonces hemos de preguntarnos cómo están determinados por su parte la oferta y la demanda. De un lado está el dinero momentáneamente congelado, pero que tiende a ser explotado; de otro está la demanda de dinero de los capitalistas activos, dinero que quieren transformar como capital monetario en capital activo. Esta distribución la procura el crédito de capital, de cuyo nivel depende, pues, el nivel del tipo de interés. En cada momento dado está a disposición de la sociedad capitalista una suma de dinero cuantitativamente dada que representa la oferta, y del otro lado existe la necesidad de capital monetario sentida por los capitalistas activos, necesidad determinada igualmente por la expansión de la producción y la circulación. Por tanto, se trata aquí de dos magnitudes determinadas en cada momento que se enfrentan como oferta y demanda en el mercado de dinero, y determinan el “precio de préstamo del dinero”, el tipo de

---

<sup>49</sup> Por el lado de la oferta, tenemos la cantidad de dinero (deducida la que exige el nivel del Ingreso –motivo transacciones), determinada por la autoridad monetaria. La demanda, es la curva de preferencia por liquidez (también neta). Por lo mismo, debemos suponer que el crédito debe aparecer en un segundo momento y aceptando una tasa de interés previamente determinada.

<sup>50</sup> Una defensa más o menos ingeniosa del planteo de Keynes, es la de Abba Lerner, “Interest Theory –Supply and Demand for Loans, or Supply and Demand for Cash?”; en S. Harris editor, obra citada.

<sup>51</sup> C. Marx, *El Capital*, tomo 3, Edición FCE, citada pág. 351. Se podría tal vez hablar de una teoría de oferta y demanda de fondos prestables. Pero esto, si no se precisan los factores concretos en operación, pudiera decir muy poco. Ver el interesante (a veces olvidado) texto de Jean Denizet, “Monnaie et financement”, Dunod, Paris, 1967.

interés”<sup>52</sup>. Los factores que están por detrás de la oferta son examinados con cierto cuidado por Hilferding. Pero lo hace –como no podía ser de otro modo– en términos de los concretos modos y ordenamientos del sistema bancario y monetario de la época en que escribe (inicios del siglo XX). De seguro, extrayendo los principios más generales, se debería ensayar una aproximación concreta a las realidades contemporáneas. Pero esto excede ampliamente los límites de estas notas. Como sea, hay un punto que conviene subrayar: el comportamiento de la tasa de interés y de los mercados monetarios (y financieros) se consideran altamente dependientes de la conducta del capital a lo largo del ciclo económico. También importa: i) el interés se entiende como parte del excedente; ii) el nivel de la tasa de interés se examina como la resultante de la relación, en el mercado crediticio, de dos secciones independientes del capital: el productivo y el circulatorio o “capital de dinero de préstamo”; iii) las actividades circulatorias son *actividades improductivas*: no crean valor pero sí se apoderan de él. Por ejemplo, por la vía del cobro de intereses.

#### V.- Incertidumbre y axioma ergódico: ¿impotencia científica?

El de la incertidumbre es un problema real e importante. Pero hemos visto (numeral II) que algunos postkeynesianos tratan de explicarlo en términos metafísicos inaceptables. Luego (numeral III) hemos señalado lo que nos parece la base real estructural del fenómeno. Ahora, volvemos a los postkeynesianos, más precisamente a las posturas de Paul Davidson. Para este autor, “el sistema económico se mueve (...) desde un pasado irrevocable a un futuro que es incierto y estadísticamente impredecible”. El último rasgo (“estadísticamente no predecible”), no es un problema que sea provocado por falta de información estadística sino por la emergencia de novedades. Con lo cual, se dice, se debe rechazar el “axioma ergódico”<sup>53</sup>. En términos sencillos, Davidson señala que “el supuesto que los datos muestrales del pasado son equivalentes a los datos muestrales del futuro, es llamado axioma ergódico”<sup>54</sup>. Si así son las cosas, el futuro no se puede predecir. Autores neoclásicos, como

---

<sup>52</sup> R. Hilferding, *El capital financiero*, Edic. El Caballito, México, 1973, pág. 100.

<sup>53</sup> Paul Davidson, *John Maynard Keynes*, Palgrave MacMillan, London, 2009, pág. 77.

<sup>54</sup> Paul Davidson, *The Keynes solution*, pág. 37. El concepto se maneja en teoría estadística y se aplica en el campo de la física. Es un concepto complejo, pero para nuestros propósitos, basta una aproximación intuitiva.

Lucas, señalan que tal propuesta equivale a eliminar la posibilidad de un desarrollo científico de la teoría económica. En principio, el alegato de Lucas y *cía.*, parece justificado: la ciencia busca elaborar leyes que recogen las regularidades objetivas que tipifican al mundo material. Si estas regularidades no existieran el mundo sería un puro desorden, algo impensable y, por lo mismo, la ciencia no sería posible. En verdad, ni la misma vida sería posible<sup>55</sup>. Luego, si la realidad material responde a leyes, el deber de la teoría es recoger tales leyes en el espacio que a la ciencia le corresponde. Pero valga subrayar: una teoría que no puede predecir, difícilmente podrá ser una teoría capaz de explicar el presente y pasado del fenómeno que se investiga. O sea, con posturas como la mencionada empezamos a rozar una actitud de rechazo a toda perspectiva científica, rayana en un irracionalismo inaceptable<sup>56</sup>.

Davidson habla de tres principios reguladores básicos en su enfoque: i) el supuesto de una realidad que se transforma ("*transmutable reality*"); ii) como consecuencia, la necesidad de rechazar el axioma ergódico: existencia de un mundo "no ergódico"; iii) luego, existencia de una incertidumbre básica, de un mundo no predecible. Subrayando que el "futuro es ontológicamente incierto"<sup>57</sup>. Subrayamos: el problema no es epistemológico sino bastante más radical: es ontológico, radica en el ser material real, no en las capacidades cognitivas de los humanos.

El enredo en que cae Davidson es descomunal y penoso. Pero no nos vamos a regodear en tales incoherencias y sinrazones. Más útil resulta desechar como "excesos verbales" esos predicamentos y pasar a buscar el eventual hilo racional subyacente en tales posturas. La idea es: señalar los puntos controvertidos del enfoque de Davidson nos debe permitir aclarar algunos aspectos que son claves en la construcción de las teorías

---

<sup>55</sup> De los griegos para acá, el pensamiento racional ha postulado que el "nous" mueve al mundo. Por ello, el mundo es pensable y la razón es el instrumento que permite hacerlo y, por lo mismo, es la que nos permite vivir en este mundo.

<sup>56</sup> "Algunos creen que la noción de incertidumbre roza el nihilismo, si se afirma, por ejemplo, que, puesto que el futuro no puede ser idéntico al pasado, es imposible saber si tal o cual política económica tendrá los efectos previstos". Cf. Marc Lavoie, *La economía postkeynesiana*, pág. 27. Edición citada. Sobre inertidumbre y probabilidades en Keynes, una excelente revisión en Sergio Kurczyn, "Probabilidad, incertidumbre y especulación en Keynes: evolución y actualidad"; en *Economía: teoría y práctica*, n°8, UAM-I, México, 1997.

<sup>57</sup> Paul Davidson, *Keynes*, obra citada, pág.101.

económicas. De este modo, situar mejor las debilidades y fortalezas de la teorización postkeynesiana.

**a) Emergencia de novedades. Categorías y conceptos con validez históricamente delimitada.** El punto o supuesto clave es el de la emergencia de “novedades”. Es decir, el fenómeno se *desarrolla*, deja de ser lo que hasta ahora ha sido y se transforma en algo nuevo y distinto. Es la noción, de corte hegeliano, de *devenir*: “el devenir contiene, en efecto, el ser y el no-ser, de tal modo que uno se cambia en otro y ambos mutuamente se suprimen”<sup>58</sup>. Si aceptamos esta noción, que equivale a aceptar la historicidad de los fenómenos sociales, se nos plantea el problema de su comprensión teórica.

Samuelson, un autor muy criticado por Davidson, alude al principio ergódico como algo sustancial de la ciencia. Y señala que la ciencia estudia fenómenos que se repiten. En sus palabras, “fenómenos que no se repiten, se escapan del campo de la ciencia y entran al reino de la historia genuina”<sup>59</sup>.

Hay aquí un punto que amerita algún comentario. Si, por ejemplo, le leemos la última cita a algún físico (sin especificarle que la discusión es sobre procesos económicos), de seguro nos dirá que tal tipo de enunciados son correctos. Y que, en lo grueso, responden también a la práctica que se sigue, tanto a nivel de los experimentos científicos, como en la aplicación cotidiana (*vg.* en la producción) de los correspondientes principios teóricos. ¿Se imagina el lector que alguien pudiera sostener que no podemos asegurar (saber, conocer) que en los próximos días, semanas o meses, vaya a seguir operando la ley de la gravedad? ¿Que, por lo tanto, pudiera llegar a darse que si alguien salta nunca más vuelva a la tierra?

Para el caso, podemos manejar dos niveles de discusión.

Uno, el puramente empírico. El cual, en términos gruesos, se acomoda al viejo principio del “*post hoc, ergo propter hoc*”. El cual, agregan algu-

---

<sup>58</sup> G. F. Hegel, *Lógica* (pequeña); pág. 146.

<sup>59</sup> Paul Samuelson, “Classical and Neo-classical Monetary Theory”, en R. Clower editor, *Monetary Theory*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1973, págs. 184-5. La noción de la historia que maneja Samuelson es muy corriente. Y olvida que la historia como disciplina teórica (la “historiología”) explica los fenómenos propios del campo en términos de regularidades. Si no, no hay comprensión posible. Los fenómenos estrictamente únicos, en verdad a nadie le interesan.

---

nos, es tanto más confiable mientras mayor sea el número de experimentos conocidos. Por ejemplo, “el sol sale todas las mañanas”, “después del día, viene la noche”. Sobre tales enunciados, diríamos que la confianza es casi absoluta. Siendo los físicos teóricos los que generan ese casi que impide la certeza absoluta. ¿Por qué? Porque saben que la pura constatación empírica, sin una teoría sólida que la explique, es del todo insuficiente.

Dos: suponiendo que existe la teoría correcta, la pregunta que emerge es por el rango de validez de sus principios, leyes y categorías. Esto importa pues es justamente este rango el que determina el campo de validez de las pruebas empíricas. Es decir, en qué condiciones y tiempos podemos aceptar ese principio ergódico.

Ahora bien, en el mundo de los procesos físicos (y químicos), nos encontramos con un grado de permanencia tal que, para el común de los mortales, es sinónimo de eternidad. Por ejemplo, éste es el caso del sol. Pero son justamente los teóricos de la física moderna los que aseguran con total certeza que llegará el día en que el sol se empiece a enfriar y desaparezca en cuanto tal. Es decir, en su funcionalidad. Sucediendo algo análogo con las especies vivas (mucho antes) y con nuestra misma galaxia. Como dice el buen campesino, “todo es cuestión de tiempo”.

La moraleja es conocida: es la teoría y no la pura empiria la que nos advierte sobre límites temporales, mutaciones de orden mayor o menor. Por lo mismo, es la teoría la que nos señala lo que puede o no puede dar el dato empírico, cuando se puede extrapolar y cuando no<sup>60</sup>. Pues bien, como los fenómenos de orden físico son de muy larga duración, para afectos prácticos la extrapolación factual no suele presentar grandes problemas.

En breve, en las ciencias físico-matemáticas el denominado principio ergódico no se absolutiza, pero sí resulta pertinente durante un intervalo de tiempo larguísimo. Para efectos prácticos y a escala humana, cuasi infinito. Como apunta un físico francés, “todas nuestras leyes nos permiten predecir el futuro (al menos por algún tiempo) sobre la base de una observación correcta del pasado”<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> Para saber que el sol se apagará no es necesario esperar que se apague. Si así fueran las cosas, no habría ningún *homo sapiens* capaz de presenciar tal dato empírico.

<sup>61</sup> León Brillouin, *La información y la incertidumbre en la ciencia*, UNAM, México, 1969, pág. 96.

Ahora bien, en el mundo histórico-social, las cosas son bastante diferentes. Lo primero y más evidente y decisivo: las realidades sociales son mucho más cambiantes que las físico-naturales. Al punto que se suele pensar que la naturaleza no tiene historia (una exageración) y que ésta es lo propio de la vida social<sup>62</sup>. Que lo “eterno” es lo propio de lo natural y la “fugacidad” lo propio de las realidades sociales. Este tipo de expresiones metafóricas son bastante exageradas: en la vida social existen regularidades y relaciones que permanecen. Y si bien es cierto que lo social es bastante más mudable que lo natural, no es menos cierto que hay “rasgos más durables”, movimientos que se reproducen a lo largo del tiempo y demás. En el orden social, asimismo, podemos distinguir rasgos relativamente “fugaces” y otros más permanentes o duraderos. Como regla, estos se califican como “estructurales”, vocablo que designa dos propiedades: i) la mayor permanencia del fenómeno; ii) su mayor relevancia como determinante de los procesos sociales y económicos. Como sea, el llamado “dato estructural”, también termina por transformarse, con lo cual asistimos a los llamados cambios mayores o de orden estructural.

La noción de cambios de orden estructural que alteran el modo de funcionamiento de la economía es correcta. De aquí una obvia y necesaria deducción: las categorías y leyes que maneja la teoría deben asumir el estatuto de *abstracciones históricamente delimitadas*. Pero, ¿qué tiene que ver esto con nociones tales como las antes apuntadas: la incertidumbre es causada por el tiempo, se debe a la naturaleza humana, etc.”? En este caso, la inconsecuencia postkeynesiana resulta evidente.

Valga agregar: los postkeynesianos repiten con singular emoción aquello de un “pasado irrevocable”. En un sentido literal, señalar que el pasado no se puede modificar, no necesita de muchas neuronas. Lo que importa y tiene sentido es postular la *historicidad* de los procesos económicos. Este supuesto, que es clave, se suele romper con cargo a dos vías. Una, típicamente neoclásica, es la de pensar en leyes de validez universal. Otra, en que caen frecuentemente los discípulos de Keynes, reside en extrapolar al pasado, las realidades *específicas* del presente. Por ejemplo, cuando se sostiene que primero vino la deuda y luego el dinero, claramente se incurre en ese error<sup>63</sup>. En el mismo caso del

---

<sup>62</sup> “El hombre no tiene naturaleza, tiene historia”, fue el famoso enunciado de Ortega.

<sup>63</sup> Randall Wray cae una y otra vez en estos dislates. Para él, primero vino la deuda y luego el dinero. Y antes que la mercancía vino el dinero.

dinero endógeno, se puede discutir si tal rasgo se aplica “per-sécula”. Hay autores, como *vg.* Moore y Rochon, para los cuales el dinero puede ser exógeno o endógeno, *según el período histórico*. En otras palabras, los fenómenos se desarrollan y generan novedades. Algo que la teoría no puede olvidar.

**b) Teoría y leyes del desarrollo.** Los neoclásicos elaboran sus modelos teóricos con la pretensión (y hasta confianza) de generar teoremas de validez universal. Con lo cual, también pasan a suponer –en términos más bien implícitos– que las realidades económicas son inmutables. Por lo menos, en los aspectos que suponen decisivos.

Davidson rechaza estas pretensiones y alega que *emergen novedades*, que no existe una realidad inmutable. Lo que parece muy correcto. Pero da un segundo paso y señala que “el futuro es ontológicamente incierto”<sup>64</sup>. Por ende, no previsible y, en consecuencia, no teorizable. Este paso es mortal y le ha regalado un fácil blanco a las réplicas neoclásicas.

El olvido de Davidson es fatal: si aceptamos que la realidad se desarrolla (i.e., que surgen novedades), *el deber de la teoría es explicar ese desarrollo y las mutaciones que va engendrando*. Esto, en el plano ontológico supone que: i) el desarrollo es un dato objetivo y está sujeto a leyes; ii) el cambio o transición también está sujeto a leyes.

En este tema, Marx fue muy claro: “la sociedad actual no es algo pétreo e inmovible sino un organismo (...) sujeto a un proceso constante de transformación”<sup>65</sup>. Luego, se trata de “descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna”<sup>66</sup>. En suma, la teoría no debe retroceder ante el cambio o transformación de su objeto de estudio. Muy al contrario, debe proceder a estudiarlo y dar cuenta teórica de esos cambios. Nada hay que prohíba –salvo los desvaríos del irracionalismo filosófico– este paso imprescindible. En suma, se debe manejar una perspectiva *dinámica, una teoría que sea capaz de explicar los procesos de desarrollo*.

---

<sup>64</sup> Paul Davidson, *Keynes*, obra citada, pág. 101.

<sup>65</sup> C. Marx, *El Capital*, Tomo I, FCE, México, 1974, pág. XVI.

<sup>66</sup> *Ibidem*, pág. XV.

En este respecto, la teoría convencional o neoclásica resulta especialmente incapaz. Consideremos, por ejemplo, un sugestivo señalamiento de Greenspan al referirse al estudio de los ciclos económicos: “podemos modelar las fases de euforia y de miedo del ciclo económico. Sus parámetros son muy diferentes. Pero nunca hemos tenido éxito en modelar la transición de la euforia al miedo”<sup>67</sup>. La teoría, como vemos, es incapaz de explicar un cambio o transformación. Y es lamentable que esta impotencia teórica pase a ser legitimada por el sedicente supuesto ontológico que maneja Davidson.

**c) El papel del dato empírico.** Las ciencias contemporáneas operan con un supuesto básico: la realidad material está integrada por estratos múltiples (un poco al estilo de las capas geológicas de la tierra), algunos más internos e invisibles; otros, más externos y visibles. Además, son los rasgos internos (o esenciales), los más perdurables y con mayor poder de determinación. Consecutivamente, el aspecto exterior (o “apariencia”) es más cambiante y menos decisivo.

En este marco, nos preguntamos cómo maneja la ciencia el dato empírico. La clave o función básica reside en la verificación de las hipótesis que propone la teoría. Esto, parece ser lo medular: la función veritativa del dato empírico. Pero hay algo más y que opera en términos de *inducción* de ciertas leyes o regularidades observables. Las cuales, por su misma naturaleza, recogen ciertas regularidades “visibles”, que operan en la exterioridad de los fenómenos. Por ello, se habla de “leyes empíricas”. Estas, son leyes de “orden menor” y, por su misma naturaleza, son las que más se ven afectadas (modificadas e incluso suprimidas) cuando surge un cambio estructural significativo. En este sentido, el puro dato empírico, ayuno de teoría, es poco confiable: “las líneas de tendencia son, como instrumentos de proyección, dignos de escasa confianza si no se basan en alguna teoría (...) que dé cuenta del mecanismo causante de la tendencia básica”<sup>68</sup>.

En este punto y aunque sea al pasar, conviene referirse a la “profundidad de una teoría”. En un sentido muy genérico, se puede sostener que “la profundidad de una teoría depende de la profundidad de los pro-

---

<sup>67</sup> Alan Greenspan, en *Financial Times*, 27/03/2009. Citado por Sheila C. Dow, “Cognition, market sentiment and financial instability.” En *Cambridge Economic Journal*, vol. 35, 2011.

<sup>68</sup> M. Bunge, *La investigación científica*, Ariel, México, 1983 (2° edición corregida), pág. 638.



blemas que intenta resolver; cuanto más profundos son los problemas que consigue resolver, tanto más profunda es la teoría”<sup>69</sup>. En un plano más concreto, valga recordar el criterio de Bunge. Para éste, “la profundidad de las teorías puede caracterizarse por la posesión de tres atributos: la presencia de *construcciones de nivel alto*, la presencia de un “*mecanismo*” y una intensa capacidad de explicación. Las tres propiedades están íntimamente vinculadas: sólo introduciendo conceptos de alto nivel (transempíricos) pueden formularse hipótesis sobre mecanismos no observables y sólo lo que por hipótesis ocurre en las profundidades puede explicar lo que se observa en la superficie. Formulamos esta idea en la siguiente *Definición*: Una teoría T1 es más profunda que una teoría T2 si y sólo si (i) T1 contiene construcciones de nivel más alto (inobservables) que T2 (aspecto epistemológico); ii) esas construcciones se presentan en “mecanismos” hipotéticos subyacentes a los hechos a que refiere T2 (aspecto ontológico); y (iii) T1 explica lógicamente T2, o sea T1 |— T2 (aspecto lógico)”<sup>70</sup>.

La disciplina económica, que es la que nos preocupa, no siempre respeta consideraciones como las recién esbozadas. Un problema no menor radica en el modo con que se maneja la dimensión empírica. Aquí, se suele asumir un positivismo o empiricismo bastante vulgar y que reduce lo real a la exterioridad o “modo de aparecer” de los fenómenos. Para el caso, podemos usar el ejemplo más socorrido: se maneja cierta muestra y de ella se extraen los valores medios, su dispersión y similares. De ellos, se pueden deducir las probabilidades objetivas o estadísticas de tal o cual suceso. Todo esto es conocido e impecable.

Pues bien, como en el transcurso del tiempo emergen novedades, uno de los resultados de estas nuevas realidades es la obsolescencia de las antiguas muestras y de los parámetros estadísticos de ellas deducidos. Por ejemplo, las probabilidades que se le venían atribuyendo a determinados eventos, pierden su antigua validez. En este contexto, además, la emergencia de lo nuevo queda sin explicación. De hecho, aparece desligado de lo antiguo y, se dice, viene provocado por factores *exógenos*. En este marco, surge la interrogante más grave: ¿la ciencia es incapaz de explicar y

---

<sup>69</sup> *Ibidem*, pág. 545.

<sup>70</sup> *Ibidem*, pág. 546.

predecir la emergencia de novedades? ¿El fenómeno del desarrollo *sensu stricto* escapa a las posibilidades del conocimiento científico? ¿Debemos, entonces, acudir a curas y chamanes?

**d) Macro y microeconomía.** Los neoclásicos manejan una visión atomista de los procesos económicos. Por lo mismo, suponen (se trata de un supuesto meta-teórico) que: i) el comportamiento del todo es igual a la suma del comportamiento de sus partes; ii) en consecuencia, se privilegia el estudio de las partes, de lo individual, entendiendo que en esto, la conducta de los individuos se puede entender sin tomar en cuenta la interacción que se establece con los otros individuos que operan en el sistema. Luego, el comportamiento de los agregados se obtiene por simple *suma*.

Dado esto, se entiende que en la visión neoclásica la macroeconomía desaparece en cuanto tal. Pierde su especificidad y no va más allá de ser una simple sumatoria de las conductas individuales, de consumidores, de productores, de trabajadores, etc.

Al final de cuentas, tenemos que la tarea primordial de la teoría económica consiste en el estudio del comportamiento de los agentes económicos individuales (consumidores, empresarios, etc.). Este es el primer paso. El segundo no es menos significativo: la microeconomía neoclásica se construye en términos estrictamente *apriorísticos*. Además, se parte desde el espacio del consumo (las preferencias del consumidor soberano) hasta el de la producción, la que se supone subordinada al primero. Como se habla de conductas maximizadoras del bienestar, la técnica de análisis que más se utiliza es la de máximos y mínimos condicionados<sup>71</sup>. Para lo cual, también se supone que los individuos o agentes económicos funcionan con una racionalidad absoluta y con perfecta capacidad de previsión.

La macroeconomía, si somos rigurosos, sólo puede existir si asumimos la postura de Hegel, quien decía que la “verdad reside en el todo”. Entretanto, como hemos indicado, el atomismo metodológico

---

<sup>71</sup> Una versión clásica y bastante apologética es la de Paul Samuelson al recibir el premio Nobel. Ver su “Maximum Principles In Analytical Economics”, en A. Lindbeck edit., *Nobel Lectures, Economics 1969-1980*; W. Sc. Publishers, Singapur, 1992.

sostiene que la verdad reside en las partes. En este espacio, cuando Keynes reivindica (para muchos la crea) a la macroeconomía, se adhiere al *dictum* hegeliano. Pero en su obra, no desplegó una crítica explícita a la microeconomía tradicional o neoclásica. Inclusive, a veces parece reivindicarla. Este vacío, abría dos caminos: a) rehacer la teoría micro en concordancia con el nuevo enfoque: se avanza desde lo macro a lo micro y subordinando a éste; b) reafirmar a la micro tradicional y contraatacar a la nueva macro de tipo keynesiano. Es lo que hicieron los teóricos de la “nueva economía” de expectativas racionales (Barro, Lucas, Sargent, etc.). La “*démarche*” de esta corriente es significativa: sostienen que se trata de buscar los fundamentos microeconómicos de los teoremas macro y cuando el “fundamento” choca con el paradigma keynesiano, se disuelve a éste. Después de todo, el fundamento es el fundamento.

Pues bien, si se va a privilegiar el aspecto macro, se deducen algunas exigencias: i) se debe manejar una visión estructuralista; ii) los factores subjetivos no se deben manejar como variables independientes, sino como derivados y condicionados por el dato estructural objetivo; iii) lo que interesa explicar es el comportamiento de los grandes agregados. Y, en este espacio, se deben manejar, en lo fundamental, leyes estadísticas o estocásticas. Se aplica lo que a veces se denominaba “ley de los grandes números”. Lo cual puede perfectamente dejar sin explicación la conducta de tal o cual “molécula” individual. Sea porque sea imposible (ver próximo numeral) o bien porque se piensa que ello no es materia de la ciencia (o que interesa menos).

Las señaladas, son exigencias que el postkeynesianismo “subjetivista” no siempre satisface. En tanto otras vertientes (cf. Sawyer, Lavoie, Pollin, Palley, etc.) tratan de satisfacerlas y, al hacerlo, se empiezan a acercar bastante a autores como Kalecki y Marx.

e) **Leyes estadísticas.** En una economía de mercado, la única manera de saber con exactitud cuál va a ser la suerte de tal o cual *empresa particular*, sería a partir de saber, *ex ante* el proceso de producción, lo que van a hacer todos los demás agentes de la producción. Pero esta condición es equivalente a suprimir el carácter mercantil del sistema. En este sentido, la ruta o destino que seguirá tal o cuál empre-

sa individual, siempre estará sujeto a la incertidumbre, en el sentido que Keynes le otorga al vocablo<sup>72</sup>. O sea, estaríamos en presencia de un “futuro imprevisible”. Pero esto, ¿aniquila la posible identificación de leyes? ¿Se acaba entonces la ciencia?

En este punto resulta útil recordar algo de la mecánica cuántica (u “ondulatoria”). En este caso, como se sabe, surge el “principio de indeterminación” de Heisenberg y resulta “imposible decir dónde estará en el porvenir un electrón cualquiera. Pero podemos predecir, y con gran precisión, dónde se encontrará un grupo abundante de electrones. Nuestras predicciones son siempre estadísticas, su precisión depende de cuántos casos iguales sean considerados a la vez.” En suma, “los electrones obedecen a leyes de grupo” y “para hacer una predicción exacta cuando se trata de electrones hay que considerar un nutrido grupo de ellos”<sup>73</sup>. Otro físico, nada menor, apunta que “las leyes de la física cuántica son de naturaleza estadística” y, en cuanto tales, “sólo se pueden aplicar a congregados o multitudes muy numerosas, pero no a sus miembros individualmente.” En fin, “no se puede predecir el curso de un electrón (...), no nos preocupamos de cada partícula individualmente. Lo que buscamos determinar son valores medios que caractericen al conjunto. Es, además, obvio, que el método estadístico se puede aplicar únicamente a un sistema compuesto de un gran número de individuos”<sup>74</sup>. Contemporáneamente, se suele hablar de “fenómenos o sucesos *estocásticos*”. En los cuales, se predica la existencia de dos rasgos definitorios: i) azar; ii) patrón o regularidad. De hecho, en los fenómenos estocásticos encontramos “casualidades sujetas a un patrón regular”<sup>75</sup>.

En este marco, podemos subrayar lo siguiente: a) la física no es para nada ajena al “método estadístico” y al manejo de funciones de probabili-

---

<sup>72</sup> Por supuesto, se puede y se deben analizar situaciones típicas, hablar de una firma representativa, de firmas “adelantadas”, “atrasadas”, etc. O sea, construir tipologías y examinar las posibles trayectorias.

<sup>73</sup> Barbara Lovett Cline, *Los creadores de la nueva física*, FCE, México, 1989, págs.. 215-6 y 271.

<sup>74</sup> A. Einstein y L. Infeld, *La física, aventura del pensamiento*, Edit. Losada, B. Aires, 1974, págs. 240-2.

<sup>75</sup> Spanos habla de *chance regularity* (azar regulado?), señalando que “el desorden existe a nivel de los resultados individuales y el orden al nivel agregado.” Cf. Aris Spanos, *Probability Theory and Statistical Inference*, Cambridge University Press, 2000, pág.3.

dad. Con cargo a ello, maneja predicciones bastante acertadas; b) para un horizonte temporal a “escala humana”, los físicos no se plantean la posibilidad de grandes mutaciones en el orden físico; c) por decirlo de alguna manera, en el orden de las micropartículas, se manejan con una visión “macro”. Les interesa la conducta del conjunto y no la de individuos particulares. Y no sienten que el mundo se les cae encima cuando declaran impredecible la conducta individual.

Para nuestros propósitos, conviene detenerse en el punto c). Y recordemos la singular visión de la macroeconomía que manejan los economistas neoclásicos. Como estos asumen una óptica atómico, piensan que la conducta de los grandes agregados macroeconómicos (como el consumo, la inversión, el PIB, etc.) se determina como simple suma de la conducta de los agentes individuales. En otras palabras, para los neoclásicos no hay macroeconomía si no es a partir de la microeconomía. Y se puede desde ya observar: si este criterio se aplicara a la física moderna, tendríamos que simplemente no existiría la física teórica cuántica (de las micropartículas).

**f) Homo economicus: ¿racionalidad perfecta versus irracionalidad total?** La sugestión abrasiva que en muchos cerebros provoca el paradigma neoclásico suele ser fuerte. Y buena parte de los que procuran criticarlo, no alcanzan a desbrozar sus tenazas. De seguro, la subordinación tiende a ser inconsciente. Pero deja huellas en el mismo trabajo teórico de los “críticos”. Examinemos algunos casos.

Hemos señalado que la construcción neoclásica es apriorista. Para ello, parte de algunos axiomas de base tales como la perfecta racionalidad de los agentes económicos y esa especie de omnisciencia que significa el supuesto de previsión perfecta. Luego, si explicitamos el papel de ese subastador walrasiano que funciona *antes* de toda operación de mercado, es evidente que en tal constructo teórico no queda ningún espacio para las crisis económicas. A menos que metamos, desde fuera, factores como guerras, catástrofes climáticas y similares. Pero el sistema, en cuanto tal, es ajeno al fenómeno de las crisis. En este marco, valga también apuntar: como el ser humano no es un ente irracional, el supuesto de un homo económico perfectamente racional, necesariamente deberá reflejar *algunos aspectos* de la conducta

económica en curso. Con lo cual, siempre existirá la posibilidad de alegar “cierta semejanza”, “cierta aproximación”, etc. Pero, también sabemos que: a) tal racionalidad está acotada, está sujeta a ciertas restricciones, a veces nada menores. Por ejemplo, en la teoría neoclásica del consumidor se arriba a supuestos delirantes: un horizonte de planeación infinito, la posibilidad de manejarse con “n” bienes y sus correspondientes funciones de utilidad, para luego resolver los correspondientes problemas de máximos y mínimos condicionados al presupuesto, etc. Mientras tanto, el comportamiento efectivo del consumidor responde a patrones sociológicos y culturales bastante definidos. En los cuales, siempre existirá cierta coherencia elemental y también, alguna falta de respeto (empíricamente comprobada) a normas lógicas como *vg.* el principio de transitividad; b) la información que manejan los agentes no les permite manejarse con certidumbre total respecto a lo que se viene; c) que tal incertidumbre, es *consustancial* a las economías de mercado.

Basta pensar mínimamente en el problema para darse cuenta que los supuestos neoclásicos de base terminan por suprimir el carácter mercantil de la economía. Y si así son las cosas, no es extraño que las crisis y ciclos desaparezcan del mapa. Claro está, esto sucede sólo en el papel.

En los postkeynesianos (en algunos), podemos observar críticas bien hechas a los supuestos neoclásicos antes indicados. Estos, no se cumplen en la realidad. Pero luego, algunos nos dicen que esa ausencia impide la construcción de una buena teoría (vidson es explícito al respecto). En otras palabras, se termina por sostener que al margen de los axiomas neoclásicos, toda construcción teórica es imposible. Hay algo más. Cuando se rechaza el supuesto de racionalidad extrema y perfecta, se pasa al otro extremo y se empieza a hablar de conductas económicas que responden a “los espíritus animales”, al “clima”, a los “dolores del hígado”, a la “inspiración creadora” y demás<sup>76</sup>. En suma, factores que nada explican. Lo que no se entiende es que apuntar a un factor subjetivo no es sinónimo de apuntar a factores inexplicables. Lo subjetivo debe explicarse y esto, en función de lo que las diversas posiciones (y

---

<sup>76</sup> Un poco más y se nos remite a un hospital psiquiátrico.

modos de relacionamiento derivados) que se ocupan (y desempeñan) en la estructura social.

Terminemos este apartado. Hemos examinado algunas implicaciones del subjetivismo extremo y, en especial, del rechazo al “axioma ergódico”. Todas, se contraponen a la perspectiva científica e, incluso, dan pábulo a posturas irracionales que en nada ayudan a la comprensión de los fenómenos económicos<sup>77</sup>.

## **VI.- Palabras finales**

La escuela postkeynesiana ha generado hipótesis sugerentes y desatado polémicas fructíferas. Por cierto, en el tema que nos ha preocupado, hay muchos e importantes temas que distan de haber sido resueltos. Por ejemplo: a) ¿cómo integrar el rol de los mercados financieros en el análisis de la moneda?; b) ¿es conveniente abandonar el análisis de stocks (Keynes) y desarrollar el enfoque de flujos, privilegiado por los teóricos del circuito?; c) ¿se puede aceptar que la tasa de interés es una variable de política económica?; d) ¿es lícito recuperar la teoría de fondos prestables como determinante de la tasa de interés? ¿Se puede conciliar ésta con la noción de dinero endógeno?

No es del caso intentar un listado de los problemas no resueltos. Nuestro propósito ha sido otro, que es previo y que apunta más al plano metodológico. Primero, entre los discípulos y afines a Keynes hemos distinguido lo que podemos calificar como “subjetivismo metafísico”, donde incluimos a autores tan representativos como *vg.* Paul Davidson. Segundo, hemos sostenido que esta línea de análisis es poco fructífera. Peor aún, puede conducir a posturas irracionales y contrapuestas a las que exige la ciencia. Tercero: la ruta que suponemos fecunda, pasa por entender que lo subjetivo debe explicarse por la presencia de tales o cuales estructuras de base (relaciones sociales), históricamente delimitadas. Cuarto: dado lo anterior, parece que el enfoque del circuito, facilita una mejor visualización de la conexión del fenómeno monetario con las variables reales centrales (Inversión, PIB, tasa de plusvalía,

---

<sup>77</sup> “Arranca de este lodazal inmundado / Donde sangrando tus heridas ví.” Cf. Vicente Huidobro, *Obra poética*, Conaculta-FCE, 2003.

etc.)<sup>78</sup>. Quinto: no se puede entender el movimiento de las variables monetarias y financieras, si se olvida la lógica del capital. Es ésta, la que al final de cuentas, regula el movimiento de tales espacios. Sexto: en un sentido más concreto, el desarrollo de la teoría será más positivo si se recuperan y asimilan los enfoques de autores como Kalecki<sup>79</sup>, Paul Sweezy<sup>80</sup> y Marx.

---

<sup>78</sup> Un texto reciente y muy interesante es el de Wynne Godley y Marc Lavoie, *Monetary Economics. An Integrated Approach to Credit, Money, Income, Production and Wealth*, Palgrave, MacMillan, N. York, 2007.

<sup>79</sup> En el plano real, macro. En especial, en lo referido a los problemas de realización de la plusvalía. En cuanto a la tasa de interés, su análisis es bastante parco (algo característico del economista polaco) e inusualmente pobre. Si cotejamos su hipótesis con la de Keynes, tenemos que en relación a éste suprime el motivo especulación. Se queda con el motivo transacción y quizá el de precaución. Y dentro de ciertos límites, parece aceptar una oferta endógena. Eso es todo. Tampoco examina explícitamente el mercado crediticio, algo increíble. En la vida económica real, ¿dónde importa más el interés? ¿No es acaso en las operaciones de crédito? ¿Cómo, entonces, aceptar una teoría que desconoce esta relación esencial? En lo formal, Kalecki sigue una ruta curiosa. Primero, recoge la identidad entre gastos monetarios ( $M.Vy$ ) e Ingreso Nacional Monetario ( $P.Q$ ). Luego, despeja para la velocidad y pasa a relacionar ésta con la tasa de interés. Reemplaza en la velocidad y despeja para la tasa de interés. En términos formales y simplificando al máximo podemos escribir:

$$(1) \quad M.Vy = P.Q$$

$$(2) \quad Vy = [(P.Q) / M] = a + b(i)$$

$$(3) \quad i = [(P.Q) / M] (1/b) - a$$

$i$ =tasa de interés;  $Q$ = PIB (quantum);  $P$  = Nivel de precios (deflactor del PIB);  $M$ =cantidad de dinero (oferta);  $Vy$ =velocidad ingreso del dinero;  $a > 0$ ;  $b > 0$ .

Como  $a$  y  $b$  son constantes, se puede sostener que las variaciones de la tasa de interés dependen del movimiento de la oferta monetaria y del Ingreso Nacional monetario ( $P.Q$ ). Sobre el punto, M. Kalecki, *Teoría de la dinámica económica*, Parte 3; FCE, México, 1973.

<sup>80</sup> Casi todos los últimos trabajos de Sweezy abordan el problema del capital financiero, de su expansión y consecuencias sobre el conjunto de la economía.



---

## Bibliografía

- Brillouin, León (1969). *La información y la incertidumbre en la ciencia*, UNAM, México.
- Bunge, M. (1983). *La investigación científica*, (2a) edición corregida, Ariel, México.
- Chick, Victoria (1990). *La macroeconomía según Keynes. Una revisión de la teoría general*, Alianza edit. Madrid.
- Davidson, Paul (2006). *¿Cuáles son los elementos esenciales de la teoría monetaria poskeynesiana*”, en P. Piegay y Louis Ph. Rochon, editores, “Teorías monetarias poskeynesianas”, Akal, Madrid.
- Davidson, Paul (2009). *John Maynard Keynes*, Palgrave MacMillan, London.
- Denizet, Jean (1967). *Monnaie et financement*, Dunod, Paris.
- Dillar, Dudley (1981). *La teoría económica de John Maynard Keynes*, editorial Aguilar, Madrid.
- Einstein, A. y L. Infeld (1974). *La física, aventura del pensamiento*, Edit. Losada, B. Aires.
- Engels, F. (1973). *Anti-Dübring*, Editorial Cartago, Buenos Aires.
- Greenspan, Alan (2011). *Financial Times*, 27/03/2009. Citado por Sheila C. Dow, “Cognition, market sentiment and financial instability,” en *Cambridge Economic Journal*, vol. 35.
- Godley, Wynne y Marc Lavoie (2007). *Monetary Economics. An Integrated Approach to Credit, Money, Income, Production and Wealth*, Palgrave, MacMillan, N. York.
- Hegel, G. F. *Lógica* (pequeña).
- Hicks, John (1976). *La crisis de la economía keynesiana*, Edit. Labor, Barcelona.

- Hilferding, R. (1973). *El capital financiero*, edic. El Caballito, México.
- Huidobro, Vicente (2003). *Obra poética*, Conaculta-FCE.
- Kalecki, M. (1973). *Teoría de la dinámica económica*, FCE, México.
- Keynes, J. M. (1974). *Teoría General*, FCE, México.
- Keynes, J. M. (1947). “The General Theory”, en S. Harris, editor, “The New Economics: Keynes’ Influence on Theory and Public Policy”, *Quarterly Journal of Economics*, editor, Alfred A. Knopf, N. York, (reprinted 2011).
- Kurczyn, Sergio (1997). “Probabilidad, incertidumbre y especulación en Keynes: evolución y actualidad”; en *Economía: teoría y práctica*, n° 8, UAM-I, México.
- Lavoie, Marck (2005). *La economía postkeynesiana*, edic. Icaria, Barcelona.
- Lerner, Abba. “Interest Theory –Supply and Demand for Loans, or Supply and Demand for Cash?”; en S. Harris editor, obra citada.
- López, G. Julio (2002). “Two versions of the Principle of Effective Demand: Kalecki and Keynes”, en *Journal of Postkeynesian Economics*, n°4, Vol. 24, Summer.
- Lovett Cline, Barbara (1989). *Los creadores de la nueva física*, FCE, México.
- Marx, C. (1980). “Elementos fundamentales para la crítica de la economía política, *Grundrisse*, Tomo I, pág. 129. Siglo XXI edits., México.
- Marx, C. (1974). *El Capital*, Tomos I, II y III, FCE, México.
- Ménshikov, S. (1968). *Millonarios y managers*, Edit. Progreso, Moscú.
- Minsky, Hyman P. (1987). *Las razones de Keynes*, FCE, México.
- Palley, Thomas (2006). “Dinero endógeno: significado y alcance”, en P. Piégay y L. Ph. Rochon edits., *Teorías monetarias postkeynesianas*, edición citada.

- Ricardo, D. *Principios*, FCE, México.
- Robinson, Joan y John Eatwell (1976). *Introducción a la economía moderna*, FCE, Madrid.
- Robinson, Joan (1976). *Herejías económicas*, Edit. Ariel, Barcelona.
- Robinson, Joan (1987). *Ensayos de economía poskeynesiana*, FCE, México.
- Rochon, L. Ph. y S. Rossi, "Introduction", en Rochon y Rossi edits., *Modern Theories of Money*, E. Elgar, Cheltenham.
- Samuelson, Paul (1973). "Classical and Neo-classical Monetary Theory", en R. Clower editor, *Monetary Theory*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex.
- Samuelson, Paul (1992). "Maximum Principles In Analytical Economics", en A. Lindbeck edit., *Nobel Lectures, Economics 1969-1980*; W. Sc. Publishers, Singapur.
- Shackle, G. L. S. (1981). *La naturaleza del pensamiento económico*, FCE, México.
- Skidelsky, R. (2009). *El regreso de Keynes*, Crítica, Barcelona.
- Spanos, Aris (2000). *Probability Theory and Statistical Inference*, Cambridge University Press.
- Valenzuela, Feijóo José (2009). *La gran crisis del capital*, (2° edición) UAM, México.